

RESEÑAS

IAN THOMSON y DIETRICH ANGERSTEIN, *Historia del ferrocarril en Chile*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1997, 279, (3) páginas, ilustraciones, mapas.

Hacer la historia de los ferrocarriles chilenos no sólo implica el estudio de este medio de transporte en sus aspectos técnicos, financieros y humanos propios, sino también involucra el contexto político, económico y social en que se desenvuelve. De ahí las dificultades que ofrece emprender una obra de conjunto y superar las limitaciones de los trabajos clásicos de Santiago Marín Vicuña, y de Emilio Vasallo y Carlos Matus, o los estudios más recientes de Sonia Pinto y Piedad Alliende.

Los autores han emprendido la tarea con una doble competencia. Por una parte aficionados a los trenes como el que más —no cualquiera se ha dedicado a buscar una locomotora cubierta por un alud en la Cordillera—, son sensibles a lo que se podría llamar “la vertiente romántica” de los ferrocarriles que rescata la Asociación Chilena de Conservación del Patrimonio Ferroviario. Por la otra, Ian Thomson es funcionario de la CEPAL, donde se ha especializado en la economía de transporte, y ambos autores están perfectamente conscientes de la necesidad que tienen las empresas ferroviarias, y en particular los Ferrocarriles del Estado, de cubrir sus costos para poder mantener sus operaciones en el largo plazo.

A decir verdad, aquí hay tres o más libros en uno. Esta es la historia de la construcción de los principales ferrocarriles chilenos, de los pioneros como Wheelwright, Meiggs y los hermanos Clark, y de las dificultades que debieron superar para completar los proyectos a los cuales estaban abocados. Es también un estudio sobre el funcionamiento de los Ferrocarriles del Estado y las empresas ferroviarias privadas en sus respectivos contextos económicos y políticos hasta 1997, incluyendo el ocaso de este medio de transporte en los dos últimos decenios. Por último, es un libro para los adictos a los trenes, con abundancia de información técnica sobre los distintos tipos de locomotoras empleadas y otros aspectos arcanos de la operación ferroviaria, como ser el caso del sistema de seguridad para el uso de las vías (pp. 108-109).

Estas tres perspectivas están mal delimitadas por la manera como se ha estructurado la obra. Los temas han sido ordenados con un triple criterio, histórico, de distribución geográfica y de la naturaleza de su tráfico, lo que lleva a numerosas repeticiones, algunas quizás necesarias y otras que son el producto del entusiasmo de los autores por impartir información. Así, por ejemplo, el traspaso del Ferrocarril Salitrero al Estado está mencionado por los menos en dos oportunidades (pp. 44 y 72) y lo mismo sucede con el proyecto para la línea de Arica a La Paz vía Tacna (pp. 162-176). En otros casos, el resultado es un tratamiento disparejo de los temas, como sucede con las referencias a los ramales o los repertorios de locomotoras. Es aquí donde más se nota la falta del oficio del historiador.

Con todo, y contrariamente a lo que se podría pensar, el libro se lee sin dificultad. Los autores tienen un estilo fácil; algunos de los aspectos más técnicos han sido confinados a unos "recuadros" cuya lectura puede obviarse sin perder el hilo, y el texto se aliviana con algunas anécdotas simpáticas y oportunas.

De la lectura queda la impresión que los autores tienen mucho más que decir y que no lograron establecer prioridades ante las limitaciones de espacio que impone un tema de esta envergadura. Quizás por ello, la información estadística resulta errática. Así, se incluye un cuadro con los tipos de locomotoras de trocha ancha de los Ferrocarril del Estado (pp. 89-93), pero no las de trocha angosta. Más extraña es la falta de un cuadro general con la longitud total de ferrocarriles a lo largo del tiempo, cuando se entregan datos pormenorizados sobre ferrocarriles específicos.

El recorte de la bibliografía parece particularmente sensible. Por una parte, se omiten algunos trabajos que los autores citan o aluden en el texto, como la tesis de Carlos Arrizaga y Ramón Silva, la obra de Oriel Alvarez, *Atacama de Plata*, y las memorias del maquinista Manuel J. Escobar. Por otra, queda la impresión de que los autores han ignorado los ya mencionados estudios de Piedad Alliende, Sonia Pinto, Vasallo y Matus, o diversos trabajos sobre los ferrocarriles salitreros de Tarapacá. En cambio se registran quince trabajos de los propios autores, muchos de ellos artículos breves de difusión.

Aunque los autores no elaboran una conclusión formal se desprende su propósito de potenciar el empleo del ferrocarril en el acarreo de productos pesados y en el tráfico sobre distancias intermedias, donde podría competir con el transporte carretero. Quizás más importante, el libro es también un vivo llamado para la preservación del patrimonio ferroviario tanto por razones históricas como por la posibilidad de volver a emplear con provecho las líneas en un tráfico nuevo y distinto al original. La coincidencia entre el trazado del desaparecido ferrocarril a Puente Alto con la Línea 5 del Metro resulta sugerente, por decir lo menos.

Cabe destacar las cuarenta y seis fotografías que se reproducen al final del libro, incluyendo una del explorador antártico-Jean Baptiste Charcot y su comitiva junto al ferrocarril de Loreto, en Punta Arenas, que en su conjunto constituyen un excelente testimonio iconográfico de los ferrocarriles chilenos.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

GABRIEL GUARDA, O.S.B., *El Arquitecto de La Moneda. Joaquín Toesca 1752-1799*. Ediciones Universidad Católica. Santiago 1997, 339 pp.

En el edificio del Antiguo Régimen, que a mediados del siglo XVIII acoge el despliegue de la estética humanista y las relaciones sociales, de la erudición y las clientelas selectas, de la racionalidad crítica y las filosofías herméticas, están las primeras piedras de la arquitectura moderna.

De manera simplificadora se ha denominado neoclasicismo a ese vasto movimiento de la estética europea, que planteó cuestiones que todavía resuenan en los debates entre arquitectos tradicionalistas y progresistas, entre los partidarios de preservar y de innovar.

Pero el neoclasicismo, según lo expresara ya Sigfrid Giedion, no puede tomarse en bloque, porque presenta una curiosa divergencia de aspiraciones, una variedad enorme de vocabularios formales y ofrece poco de esa coherencia subterránea que la historia del arte exige para alinear a una corriente artística dentro de un estilo.

No responde a ese esquema categorial de lo revolucionario, lo objetivo, lo ilustrado o lo igualitario, en que lo han encerrado ciertas tendencias historiográficas, y si se lo considera en un contexto más amplio y abierto a los vientos espirituales de su siglo, se podría adherir al planteamiento de Pierre Fracastel, para quien el neoclasicismo optó por la evolución y no por la revolución.

Evolución que parece escapar, pues, a esa dialéctica pendular, que tan atrayente ha resultado por su polarizada nitidez, como carente de claroscuros y matices; en medio del desmoronamiento del estilo barroco se habría erguido el neoclásico. Superando los cansancios de la ornamentación, el triunfo de la sencillez; contra la juguetona exuberancia, la estoica sobriedad; tras el derroche, la templanza; como reacción al recargamiento, la ligereza; en oposición a la licencia, la norma.

Pero el término neoclasicismo no existía a mediados del siglo de las luces y sólo surgió a fines del XIX con una significación peyorativa.

Lo que sí existía entonces y gozaba de una enorme solidez era el clasicismo, que no sólo se refería a lo antiguo, sino también a lo selecto y de primera

clase. Más aún, ello había adquirido la calidad de un modelo de excelencia. Arquitectos, pintores y escritores, además de estadistas y reformadores religiosos, basaban su práctica o su política en la emulación de lo antiguo.

En el ámbito de la arquitectura ese prestigio modélico permitió, no obstante, el surgimiento, junto a quienes defendían la prioridad de los valores formales, de personalidades y obras que postulaban una visión más racional del oficio del arquitecto; y la centralidad de la estética en los debates teóricos abrió un espacio a la discusión sobre el potencial que encerraban las destrezas técnicas y los materiales.

Se puede comprender, de este modo, cuán difícil es historiar este período de la arquitectura y qué arduo resulta escapar a los intentos deterministas, a la aplicación de los elementales principios de acción y reacción o a la simplificada dinámica de causa y efecto. Más aún, cuando se trata de integrar dos cuerpos de información diversos, el europeo y el americano en su respectiva singularidad y en sus interrelaciones. Se necesita un oficio consumado para recomponer todos los trazos sueltos y armar los fragmentos dispersos en el correr de dos siglos.

Ese oficio consumado lo tiene el padre Gabriel Guarda, arquitecto e historiador de vasta trayectoria, quien se ha abocado a ello en esta última obra, "El Arquitecto de La Moneda. Joaquín Toesca 1752-1799: una imagen del Imperio Español en América", publicada por Ediciones Universidad Católica de Chile.

Tan compleja y consolidada se revela la unión entre la personalidad de Toesca, su obra y su época y, a la vez, con tal fervor se consagra el padre Gabriel a realzar su misteriosa autonomía, que quizá no resulte demasiado inexacto recurrir a una metáfora teológica —la trinidad— para referirse a la composición tripartita que aquí se desarrolla.

Con acopio de documentación y pericia de arquitecto, acomete el autor su rescate, diseña el delicadísimo entramado de sus correspondencias y lleva a cabo el reajuste de equilibrios entre las diferentes fuerzas históricas sustentantes.

Madura un concepto que se insinuaba en estudios suyos anteriores y recoge sugerencias como la que realiza el ensayo de Ignacio Modiano, para concluir que la impronta del estilo de Toesca no es el neoclasicismo sino, más precisamente, el clasicismo; conclusión ampliamente demostrada con el estudio de su etapa formativa, con el análisis de sus obras y que constituye un notable aporte a la historiografía chilena. El arquitecto romano fue pues un clásico, con todo lo que la palabra expresa de ascendiente, distinción y, sobre todo, de extraña inmunidad ante los embates del tiempo. Por ello aún goza de eso que se llama vigencia.

Las estructuras del clasicismo se grabaron profundamente en la personalidad infantil de Toesca, como explica el autor, al contemplar la Roma Eterna, la

Roma de Piranesi y de Winckelmann, que a mediados del siglo XVIII vivía un momento particularmente propicio para la cultura arquitectónica, el de la entrada en escena de Luigi Vanvitelli, cuyos sobrios edificios introdujeron sustantivas transformaciones en el Barroco imperante.

Las posibles incidencias de su formación en Milán, como cadete del Regimiento de Infantería del Príncipe, se examinan con detenimiento, así como el marco de aprendizaje ofrecido por las Academias de Barcelona, de San Lucas de Roma y de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid. Particular relieve se otorga a su experiencia de tres años como delineador pensionado en la Corte española a las órdenes de Francisco Sabatini, el arquitecto de Carlos III, su gran maestro y, a juicio del padre Guarda, figura insuficientemente estimada.

En un sugerente panorama de influjos, intercambios y actividad ambiente el autor la estadía de Toesca en Chile y muestra la respuesta de la elite local a la nueva cultura ilustrada. Cuestiona así, una vez más, con sólidos fundamentos, la idea del período hispano como una especie de tabula rasa y aparece, en el contexto del Barroco, el lento despuntar de una actitud intelectual anteriormente desconocida.

Sobre el fondo de un Santiago de tejas, muros de cal y verdura, cuya sencillez anima el encaje de las iglesias, el arquitecto romano levanta, a través de estas páginas, sus obras severas y elegantes. La grandeza en la concepción, las soluciones compositivas y el uso de materiales, hacen patente, conjuntamente, su clasicismo y su voluntad racional de adaptación al medio. Espartanos perfiles ciñen la Catedral; y contenida fluidez realza la Casa de Moneda, cuya sabia modulación espacial se refleja en el ritmo de la fachada, que valoriza sutilmente los mejores elementos de la tradición arquitectónica hispanoamericana. Con erudición y finura analiza el padre Guarda las obras originales proyectadas por Toesca, sus intervenciones en construcciones ya existentes, en Santiago y provincias, hasta llegar a la arquitectura festiva y funeraria, que no podía estar ausente dentro del repertorio estético de un hombre de su siglo; todo ello forma en menos de 20 años un conjunto que aún hoy resulta impresionante.

Se necesitaba un temperamento recio, pero a la vez, dotado de flexibilidad, como el que Toesca adquiere en este libro, para adaptar conocimientos y talento a las condiciones que proporcionaba Chile y, sobre todo, se precisaba de una inquebrantable vocación, hermanada a una inagotable capacidad de trabajo.

La relación entre Toesca, su obra y la cultura de esa época, no puede entonces ser calificada de reactiva, como lo hace Eugenio Pereira en su "Historia del Arte en el Reino de Chile". Es radicalmente generadora, en cuanto el arquitecto es el creador, en el contexto de sencillez espontánea de las construcciones del período hispánico, de una arquitectura nueva en el país, aunque profundamente enraizada en la tradición clásica y respetuosa del legado americano. Ella se prolonga en las realizaciones de sus discípulos y seguidores hasta

mediados del siglo XIX, cuando recibe otro impulso por parte de François Brunet de Baines, primer arquitecto de Gobierno. Y al desdibujarse, ya a principios del presente siglo, con la multiplicación del eclecticismo, lo que era un legado arquitectónico de sobriedad, los primeros discípulos chilenos del movimiento moderno vendrían, en los años '20, a reanudarlos.

Así, el clasicismo instaurado por Toesca se constituyó en la expresión arquitectónica más cara a la naciente República chilena y más acorde con el carácter del nuevo Estado Nacional, que como Argentina y Uruguay, erigió en este severo estilo sus edificios públicos, diferenciándose con ello del resto de la arquitectura estatal en Latinoamérica.

El período español, la Independencia y la República se presentan pues en este libro, en cuanto a sus expresiones arquitectónicas, en solución de continuidad, y no como suelen considerarse, cual tres momentos aislados, sin interconexiones.

En una sensible concordancia entre su materia y el proceso investigador, el padre Gabriel Guarda concibe esta obra como una reconstrucción, a partir de testimonios arquitectónicos y documentales, gráficos y plásticos. Así se hace presente la verdad histórica, según el filósofo Edmund Husserl; como un proceso de producción constitutiva; como una tarea epistemológica que implica en el conocimiento un configurar.

Y este proceso de reconstrucción está realizado con suma diafanidad y respeto hacia los vestigios y los originales, incluso en sus vacíos, donde la huella del tiempo se ha impreso. El autor no recurre a forzadas interpretaciones, pues sabe que pocas cosas hay más conmovedoras que uno de esos imprevistos vanos en una vieja construcción, que invitan al espectador a recorrerlo con la vista, a internarse por él y a soñar.

Respeto por los silencios de la historia, que su vida monacal hace conocer en su ignoto valor.

Con mano maestra, maneja el padre Gabriel la levedad y deja en la penumbra a ese hombre agotado por el trabajo, aquejado por las fiebres, envuelto en los fuegos devastadores de un fracaso matrimonial. Algo inexplicable fluye entonces de ese hombre, débil como todos los hombres, que lo motiva y lo impulsa y lo eleva como un pórtico. Algo que los antiguos consideraban un rasgo mágico y los románticos el más alto atributo espiritual: talento artístico.

Una a una estas hojas, hermosamente dispuestas, dan fe de ese raro don. Porque el padre Guarda está dotado de esa fina sensibilidad para apreciar lo que ni los más complicados aparatos críticos, ni las más laboriosas metodologías pueden aclarar.

Bello y acucioso libro, cúspide de un vida dedicada al estudio y la meditación; verdadero monumento a la memoria del artista romano, su titánica tarea y su ámbito civilizador.

Y cuando los estudiosos y los jóvenes arquitectos busquen en los recodos del tiempo marcas y señales de su presente, vislumbrarán en lontananza el edificio cultural del Antiguo Régimen y podrán percibir, al recorrer las páginas de esta obra, las primeras piedras de aquello que, tal vez, ya habrá sido la modernidad. Será un grato caminar por una de esas perspectivas centradas, amplias y luminosas.

Porque este libro es un clásico.

ISABEL CRUZ DE AMENABAR

SIMON COLLIER y WILLIAM SATER: *A history of Chile 1808-1994*, Cambridge University Press, USA, 1996, 427 págs.

Es triste para nuestro país de historiadores que el que es, quizá, el mejor manual de historia de Chile republicano sea obra de dos extranjeros. De hecho es más que un manual, si se piensa en los Frías Valenzuelas o Fortines o en ese divertido libro de James Whelan ("Desde las cenizas", el que, al parecer ha vuelto a las cenizas). El de Collier y Sater es un excelente compendio sobre la historia de Chile entre los años que abarca.

Digo que es bueno porque reúne varios elementos esenciales. Erudición, amenidad, estilo, ironía, equilibrio frente a las tendencias más marcadas que existen sobre la interpretación de Chile republicano, incluso un monto no despreciable de información o interpretación novedosa, al menos a nivel de compendio. El texto está complementado por buenos cuadros y mapas. Vamos por parte.

Después de un adecuado preámbulo sobre la Colonia e Independencia se entra en materia verdaderamente: el país ya autónomo.

Los autores manejan mucha información. Simón Collier es uno de los estudiosos del Chile de las primeras décadas del siglo XIX. Hasta el momento sus escritos se habían centrado en la evolución política y de las ideas. En este libro, ayudado por Sater, la visión que entrega sobre la época es más general y completa. Lo más importante de esta primera parte, en cuanto interpretación, creo que es su énfasis en sostener que si en el Chile del "orden portaliano", 1830-1870, hubo estabilidad, con interrupciones serias por cierto, que los autores no ocultan ni acomodan a su tesis, esto se debió, no al contenido del "alma nacional" u otros mitos, como lo pensaron Alberto Edwards y su discípulo Encina, sino a razones económicas y sociales de fondo. Sólo se deja ver un vacío importante en su historia de estas décadas: el significado que tuvo para el desarrollo económico (o demográfico incluso) del Chile de la época de la

“fiebre del oro” y todo lo que significó California desde 1848 hasta fines de la década de 1850, especialmente para la zona de Valparaíso, motor económico del país de entonces. La solidez de ese Chile, con sus claroscuros, aparece así mejor explicada en la visión de los autores anglosajones que en la de nuestros pretenciosos analistas históricos, como los recién mencionados o algunos de menos categoría (e ingenio) hacia el presente.

Esta ecuanimidad lleva a Collier y Sater a valorar, en su debida medida, a la *Bête Noir*, de los portalianos, el Chile liberal, señalando, correctamente a mi juicio, que su nacimiento debe remontarse al gobierno de Bulnes (Parte II. 5) y la influencia de las revoluciones liberales de 1848 en Europa (pp. 106-107).

Un último alcance a esta primera parte. Se nota mucho que la obra está escrita para extranjeros, algo perfectamente natural en el texto en inglés, pero que los autores deben corregir en la anunciada edición en castellano. Aun así, no dejan de referirse a problemas semánticos, con alcances semióticos, que responden a códigos sin duda criollos y que un “gringo” difícilmente entenderá a cabalidad. Como, por ejemplo, la erudita disquisición entre los significados múltiples de las palabras “huevo”, “hueveo” y “huevada” (p. 28). Esta pieza analítica constituye signo indiscutible de su condición de grandes conocedores de “Chile y su historia” (cualquier semejanza con el título de otro libro es mera coincidencia).

La Guerra del Pacífico está bien tratada. Se deja ver la influencia de Gonzalo Bulnes. Pero es una muy positiva influencia. Sin embargo, tampoco se olvidan de Nunn y otros autores que permiten enriquecer la visión de la guerra con alcances económicos e internacionales que el autor chileno no pudo conocer. Nuevamente llama la atención el profundo conocimiento del período que muestran Collier y Sater. Incluso por lo que respecta a anécdotas y detalles difíciles de encontrar en otros compendios. Da la impresión —la que continúa hasta el final del libro— de que se entretuvieron muchísimo escribiéndolo. Por cierto que dicen cosas que un autor chileno difícilmente afirmaría. Como por ejemplo que el soldado chileno sufrió tanto a manos de su propio gobierno, o sus propios generales, como a manos del “enemigo” durante la contienda. Y así lo demuestran (pp. 138-139).

Algún error se desliza en los mapas, como el de la pág. 118, que ubica a Arica bastante tierra adentro.

Cuando el libro entra en el Período Parlamentario (creemos que esta parte se debe fundamentalmente a Sater) resulta notable —por lo sintético y completo— el seguimiento que hacen del problema, intrincado por decir lo menos, del debate sobre la convertibilidad (pp. 166-170) y toda la compleja maraña del mundo del salitre. En lo político no se apartan de visiones bien conocidas, aunque tienden a ser más benévolos, por lo general, en su juicio de la época. Pero este énfasis en la solidez —dentro de sus reglas— de ese Chile un tanto

decadente, refuerza su teoría de que somos un país de equilibrios y continuidades.

No desmejora el libro cuando entra en el terreno, menos estudiado, aunque igualmente "interpretado", del siglo XX. Recoge la periodificación de otras síntesis históricas anteriores (es posible que eso sea una prueba más de que es la correcta) y destaca algunos de los mismos procesos centrales: el crecimiento e importancia de la clase media y del Estado, por ejemplo. Pero también se presentan novedades. Hay preocupación por estudiar el rol de la mujer y otra serie de aspectos sociales o demográficos que no habían recibido adecuada atención en compendios. O, en el plano de la cultura, aspecto que se desarrolla con amplitud, destacar —por ejemplo— la figura de "Condorito", que se conoce y lee en todo Iberoamérica, como uno de los más importantes aportes culturales chilenos (y muy chileno) al continente (p. 300).

En el trato que se da, específicamente, a la evolución política, tampoco hay mucha novedad con respecto a otros relatos, pero este está muy bien estructurado y con magníficos esquemas anexos que permiten seguir evoluciones, alianzas y divorcios con facilidad. En esta parte, tratándose de anglosajones, quizá caen, por primera vez en toda la obra, en "frivolidades y apasionamientos" poco flemáticos. Ni Alessandri (don Arturo) fue completamente "léon", ni Ibáñez —cuya obra social y económica no queda desmerecida— completamente "mula" (sic). En todo caso habría sido necesario destacar que este último tipo de animales también tiene muchas cualidades, más allá de patear fuerte.

Pero el texto, una vez más, es completo, bueno y agudo. Otra vez nos encontramos con abundante (y penetrante) ironía y sarcasmo. El libro se torna decididamente entretenido. Pero si en su momento pareció simpatizar con el autoritarismo conservador (o Pelucón, más precisamente) ahora el libro toma una tendencia decididamente progresista. Simpático frente a los que Gonzalo Vial ha bautizado de "mediócratas", reconoce la labor del Frente Popular y los radicales, como una etapa necesaria y coherente en la continuidad democratizante de la historia política de Chile. Más comprensivo, casi simpatizante, se muestra hacia el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei, padre, y sus intento de "Revolución en Libertad", con sus logros sociales. Atribuyendo su fracaso político final a problemas macroeconómicos (fundamentalmente la inflación) y al "signo de los tiempos" latinoamericano en lo político (pp. 319-326), el que tiraba hacia la radicalización, lo que afectó al propio Partido Demócrata Cristiano.

Y sigue Allende y su Unidad Popular. No deja de hacer presente el libro su buena fe e idealismo, pero también la dificultad de su gestión, sus contradicciones internas y el desastre económico. Queda más o menos claro que gran parte de la culpa de su "tragedia" (sic) fue del propio gobierno. No se destaca,

debidamente a mi juicio, que, después de 1972 Allende no sólo debió enfrentar a una oposición unida sino también —aunque en otro contexto— a parte de la propia UP y “su” propio partido, el socialista.

Lo que dicen Collier y Sater del Golpe y del gobierno militar (“The Pinochet years” es el título), es descarnado y veraz, y en esto es, creo, el único compendio de historia de Chile que dice, hasta el presente, la verdad sin caer en exageraciones propagandísticas de un lado u otro. Sobre la represión y brutalidad no oculta los hechos, pero tampoco lleva el asunto hasta su comparación con los crímenes nazis o comunistas. Se dan cuenta los autores que el solo relato hace innecesaria la comparación con horrores mayores. En cuanto a lo que ha sido proclamado como el principal logro del gobierno militar, el éxito económico, después de años de sufrimiento de la mayoría de los chilenos, no se pronuncian de modo definitivo. Pero reconocen que parece marcar una tendencia perdurable (pp. 371-376) sobre la base del liberal-pragmatismo que vino después de la debacle de 1981-1982.

El libro concluye con la transición, la que prematuramente califican de “reencuentro con la historia”. Si hubieran visto el ingreso al Senado del general Pinochet, convertido en Comandante “Benemérito” del Ejército de Chile, con violencia dentro y fuera del Congreso, hecho ocurrido en marzo de 1998, vale decir dos años después de la publicación del libro, la calificación de la etapa de transición quizá habría cambiado. ¿Con cuál historia nos estamos reencontrado? La cuestión resulta dudosa. Hasta los mejores historiadores caen en la tentación (nefasta y peligrosa) de hacer predicciones a futuro.

Pero resumiendo. Se trata —lo repetimos— de un excelente compendio de historia de Chile, escrito con simpatía hacia el país. Celebramos su traducción al castellano. Las descalificaciones de que ha sido objeto creo que son producto de la envidia o de “el peso de la noche”.

CRISTIAN GAZMURI

MARCO ANTONIO LEON, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de muerte en Santiago de Chile 1883-1932*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-LOM, Ediciones Fundación Mario Góngora, Santiago 1997, 282 páginas.

Como bien reza el título, este no es un estudio histórico sobre la muerte, al estilo de los de Aries, McManners o incluso Vovelle, aunque más de algo se desliza al respecto. No se explora —a fondo— qué ha sido, ontológicamente, “la muerte” para los chilenos; es una historia de los cementerios, incluyendo entierros, ritos funerarios, querellas, legislación relativa a la sepultación y otros temas conexos, durante el Chile republicano.

En este sentido, tanto o más que en la historiografía de la muerte y las mentalidades, el libro puede ser incluido en la historia urbana, social y cultural.

Por lo anterior no se pretenda encontrar en la obra que comentamos la profundidad antropológica de algunos de los autores europeos mencionados u otros. La juventud de Marco A. León explica en parte el asunto. Pero es un buen estudio sobre lo que trata y da, ciertamente, una idea general bastante completa sobre el tema.

El libro se divide en cinco capítulos. Sobre la pugna laico-clerical en torno a la muerte y el sepelio; un estudio histórico sobre los cementerios de Santiago; rituales y sociabilidades en torno a la muerte; una conceptualización de idea popular sobre los "espacios de muerte"; y el aspecto médico-sanitario de aquellos y la "Morgue".

A mi juicio los más interesantes son el segundo, el tercero y el cuarto. Esto es así porque los tópicos tocados en los otros dos ya estaban relativamente estudiados, o son menos completos.

En el primer capítulo, aunque entrega una idea del asunto, el autor quizá pudo extenderse algo más sobre el terrible problema que significó en su momento el entierro de disidentes y ver si este pudo ser un obstáculo para la inmigración noreuropea a Chile en el siglo XIX. Aspecto que no ha sido estudiado.

En el capítulo II, Marco A. León hace una historia de los cementerios General y Católico de Santiago. No es exhaustiva pero ciertamente da una idea de su nacimiento y evolución y está bien investigada, aunque hay poca interpretación. Interesante en esta parte del trabajo es la semblanza inicial que hace del barrio Recoleta, área de hospitales, de Morgue, de cementerios, que tiene su aura cultural muy especial. Más interesante (y mucho menos conocida) que la información que proporciona sobre el Cementerio General es la información que trae sobre el Cementerio "Parroquial" Católico de Santiago. Incluso la periodificación que hace de su existencia histórica es más original. No hay duda que el autor pasó un largo tiempo entre las tumbas (y archivos) para llegar al conocimiento que exhibe.

El capítulo siguiente está dedicado a las ritualidades y costumbres de la muerte y sus expresiones individuales y colectivas. Se escapa así un poco al tema central del libro. Pero, con todo, lo que agrega es complementario a este y ciertamente pertinente. Lo más novedoso es lo que se refiere a los aspectos económicos del funeral y el negocio de la muerte. Tan aceptado y respetado, como que las funerarias eran locales de importancia y categoría en el centro de las ciudades hasta hace unos treinta años y los sepelios verdaderas fiestas mortuorias con carrozas alegóricas. Se podría concluir que la presencia de la muerte en la conciencia diaria de los chilenos, después de haber sido desligada de los locales de las omnipresentes iglesias del Chile de ayer, encontró una

continuidad y mantuvo su presencia en esa parafernalia funeraria profana, sus locales y ceremonias.

El cuarto capítulo entra, ahora sí, de lleno en un análisis sobre "el espacio de muerte". Hace Marco A. León, para comenzar, una interesante reflexión sobre lo que llama "los espacios de entierro" y su "carácter sagrado", asimilado, por los cristianos, al de las iglesias, idea que, en parte, aún permanece. El subcapítulo concluye con una historia de los grandes monumentos a prelados muertos que existen en la Catedral de Santiago, tema sobre el que se extiende. Sigue otra reflexión, valiosa y original a nuestro juicio, sobre la "definiciones" del cementerio. La idea de cementerio-dormitorio con raíces griegas. De cementerio como representación simbólica de la sociedad (con culto a los hombres ilustres), Museo de Bellas Artes, lugar de culto a la monumentalidad, gran jardín, lugar de desarrollo de la melancolía romántica, lugar macabro y terrorífico, ciudad maldita donde reina el demonio. "Definición", esta última, que asocia el autor, en Chile, con la creación de los cementerios laicos, pero que no explica por qué se da en muchos lugares. Sin duda el capítulo IV es el más sugerente del libro.

Termina *Sepultura sagrada...*, con un apéndice sobre la Morgue o Instituto Médico Legal y la higiene mortuoria, interesante por algunas de las anécdotas macabras que incluye, como la "agüita de muerto", la que el cadáver deja en la mesa de autopsia, buena para curar toda clase de males.

En fin, un libro interesante, no recomendable para depresivos.

CRISTIAN GAZMURI

RAFAEL SAGREDO BAEZA, *María Villa (a) La Chiquita, N° 4002*. Ediciones Cal y Arena, México, 1996, 227 págs.

La marginalidad como fenómeno que trasciende a su tradicional concepto socioeconómico ha sido objeto de múltiples estudios durante los últimos tiempos. A estos viene a sumarse ahora el libro de Rafael Sagredo, historia de la juventud, vida, valores y sufrimiento de una prostituta de la época del Porfiriato en México.

La historia de las prostitutas, aunque ciertamente varía de caso en caso, suele tener muchas similitudes. Lo ha demostrado Alvaro Góngora, en su buen estudio sobre la prostitución en Santiago de Chile a comienzos del siglo XX. En este caso, María Villa provenía de Jalisco, tierra con fama de "productora de hembras hermosas, fáciles y ardientes" (p. 22). Su historia inicial fue igual a tantas, nacida en 1875, de condición campesina humilde, mujer y pobre, tres estigmas de marginalidad en el México y la Hispanoamérica de entonces, don-

de, como dice Sagredo, la naturaleza femenina era considerada como "propensa al pecado" y transformar al hombre "en un ser lascivo y sucio" (p. 24). Esto en virtud de la inmadurez biológica de la mujer, peso de su cerebro y otras razones –igualmente concluyentes– en un México cuya autoridad eran "los científicos", encabezados por el muy célebre Limantour.

María no era india, otro estigma de marginalidad que habría sido aún más grave, sino mestiza y –algo poco común para las niñas de su condición– asistió a la escuela. Hacia fines de siglo la encontramos de sirvienta en Guadalajara. Ser joven sirvienta doméstica, insiste el autor, significaba de inmediato adquirir una condición moral sospechosa. Efectivamente, a María, pequeña pero agraciada, la "primera lección" le fue dada por el hijo de sus patrones. Nada más normal, la "seducción doméstica" era considerada algo aceptado de hecho y la principal fuente generadora de concubinas de México (p. 33). Por lo que nos dice Rafael Sagredo –recogiendo su testimonio–, La Chiquita no vivió una vida sexual plena en esa primera relación, no sintió placer. Si la aceptó fue porque posiblemente estaba enamorada de su seductor.

Seducir, según la Real Academia Española significa: "engañar con arte y maña", pero también "cautivar el ánimo". Ambos fenómenos aparecen en el acto de seducción de una agraciada sirvienta. Se la está engañando, pero también ella se deja cautivar por sus sueños, las infinitas promesas, su dicha del presente. Luego, después de la primera experiencia y ser expulsada o tener que dejar la casa donde sirve, viene la rutina del concubinato. La sumisión permanente al amante, el sentimiento de culpa y el desprecio y el autodesprecio. Pues en la sociedad de entonces (y ahora, tanto en México como en Chile), existe el desprecio social –al menos como actitud formal– por la querida, la amante, la concubina, por ser alguien "sin estado civil" (p. 38), que vive en un "universo de mentira y simulación, impuro y lúbrico". Una perdida, un "parásito social". Estado que infunde marca, que ya no se puede abandonar.

Del concubinato a la prostitución hay sólo un paso, fácil de dar, en la soledad, abandono y la miseria. En el caso de María Villa su llegada al prostíbulo fue por la vía rápida, reclutada por una "celestina". ¿Qué hay de nuevo en el libro de Rafael Sagredo, hasta el momento? No mucho, es una historia contada muchas veces, excepto por lo bien relatada que está, a partir de las escasas fuentes disponibles.

Lo interesante es la inserción de la historia en el ambiente del "Porfiriato" mexicano, al que muestra en sus valores. Por ejemplo la idea de que la mujer estaba "dotada de inferioridad psicológica" y era propensa, cuando estaba en condiciones propicias, a caer en la prostitución "indefectiblemente". Concluye Sagredo "se condena sobre todo al modelo de independencia representada por la actitud de este tipo de mujer" (p. 87). Como contraparte, la mujer "señora decente", la casada y pura, compensaba su debilidad genérica, se enaltecía y

"daba honor al hombre" (p. 77). "Con orgullo levanta su frente en teatros, calles, bailes y paseos, del brazo de su esposo, rodeada de sus hijos" (p. 80). Era la mujer a la cual "sonrojan con facilidad los rubores de la modestia" (p. 85). No parecía tenerse muy claro que la elección de uno u otro camino no era tan voluntaria.

Por cierto que ámbito de la mujer honrada era sólo el de "la soberanía doméstica y privada" (p. 83) y su sexualidad era reducida al acto de procrear. Esta descripción valórica frente al sexo del México del "Porfiriato" es la mejor parte del libro; el relato está bien armado. Sagredo toma una visión moralista, a favor de las prostitutas y en contra del fariseísmo, sin embargo no deja en claro que es la aplicación misma de una norma moral hipócrita, chata y estricta lo que está errado en sí y que la "señora decente" también era una víctima. Indirectamente, lo da a entender al decir que no había conciencia de que "al violentar su sexualidad se violentaba también a la mujer" (p. 84), pero se podría haber abundado más sobre el punto. Como en la Europa victoriana y parte del mundo occidental hasta hoy, la señora decente suele ser frígida, reprimida o no ser en absoluto "decente" en la intimidad, si da libertad a su deseo sexual, por lo que lleva también, como la prostituta, un estigma que sin duda la atormenta y daña: la duplicidad, el disimulo y, posiblemente, el sentimiento de culpa, en este caso.

El libro también deja la impresión que de haber sido otra la época, la prostitución, como institución, podía haber desaparecido o, al menos, la prostituta haber sido considerada en otro *status*, no marginal, y así transformarse en un ser menos sufriente, más aceptado. ¿Pero qué ha pasado en otras sociedades de Occidente, entonces, antes y ahora? Ha ocurrido lo mismo, sólo con matices diferentes.

Quizá la falencia anterior sea consecuencia de que las explicaciones acerca de la causa de su prostitución, que el autor recoge de los casos estudiados, no hayan sido más analizados. Decían ser prostitutas para castigar al hombre "engañador" con su conducta. Aunque en el caso de La Chiquita, no hubo venganza, más bien autocastigo, quizá por perder al hombre. Siempre defendió a su seductor (p. 49).

¿Pero un fenómeno tan importante, permanente y complejo como la prostitución, puede explicarse por algunos mecanismos psicológicos sencillos, por fuertes que hayan sido las condicionantes sociales y culturales de la época? ¿O responde a toda una problemática psíquica y social mucho más compleja y profunda que se refiere a la forma de vivir el sexo, por los individuos, por la sociedad, por el Occidente cristiano o la humanidad entera y no sólo por el "Porfiriato" de México? Nuestra opinión es que resulta muy explicable que en el contexto relatado la prostituta tuviera una mala autoimagen y tuviera que justificarla ante sí misma, pero atribuir su condición a una actitud de

castigo al “seductor” o de autocastigo, es simplificar. Más que autocastigarse, lo que hacía la prostituta del “Porfiriato”, al aducir esas razones, era autojustificarse porque el medio lo exigía. Sin conocer el caso mexicano a fondo, pero sí a otros autores que han tratado el tema en relación a otras sociedades, no cuesta adivinar la existencia de muchos otros motivos de la “caída”. Afán de supervivencia, búsqueda de protección, rebeldía, ganas de gozar el sexo plenamente en esa sociedad que idealizaba a la “señora decente” y sus sonrojos, al menos en los comienzos de la carrera. La acción de los que lucraban con el “negocio”. Las estratificaciones sociales y su modo de relacionarse. Una cierta idea de la familia, de la servidumbre, del rol de la mujer en definitiva. El “machismo” reinante. Alcoholismo, drogas, etc. O, en fin, toda una estructura social que siempre habría hecho a la prostitución necesaria, pues de otro modo, como dice San Agustín (y Sagredo lo cita), la sociedad caería en las “garras del libertinaje” (p. 67). Y las posibles respuestas podían ser muchas más.

Con todo, Rafael Sagredo deja la cuestión planteada.

Interesante es la descripción de la ritualidad médico-higiénica, a que se sometía a las “rameras”, y este aspecto sí que puede haber sido bastante propio del “Porfiriato” y casi una excepción en la Hispanoamérica de la época. La “libreta roja” que les permitía trabajar en lugar conocido. La inspección médica donde eran auscultadas en su intimidad por “el pene del gobierno”. También lo que dice el libro sobre el ritual de la iniciación y las reglas de la “casa de placer”. Los modales que debía guardar la prostituta exitosa —como fue La Chiquita—, cómo reír, cómo vestirse, cómo amar. Aunque en este aspecto las diferencias no han de haber sido muchas con otros tiempos y lugares.

Pero la historia sigue también como tantas. La Chiquita, que tenía temperamento, mata a una rival y va a la cárcel. La asesinada era una mujer conocida y el caso llega a los diarios. María Villa se hace famosa. Violencia y sexo son dos perlas del mejor Oriente para el periodista, el que a su vez conoce a su público. Interesante cómo la prensa presentó y metamorfoseó a La Chiquita, incluso en la imagen física a María Villa. Al comienzo tiene cara de india, al fina es casi una “señorita porfiriana”.

La descripción de la cárcel y su mundo es buena. ¡Pero se ha hecho tantas veces! Padecimientos, mugre, homosexualismo (“safismo”). El autor no cuenta cuál fue el destino final de María Villa, dejando allí un suspenso.

El libro de Rafael Sagredo tiene muchos méritos. Aborda con valor un tema que todavía es tabú en el medio latinoamericano. Su visión del “Porfiriato” parece acertada. Está bien escrito, sin ser historia de las mentalidades, propiamente, se aproxima a ese campo y ciertamente refleja el fenómeno de la marginalidad. Sus limitaciones de fondo son las consignadas más arriba, faltó originalidad y quizá profundizar un poco en algunos aspectos. En la

forma se lamenta que no tenga aparato crítico de notas y algunas reiteraciones.

Pero, en su conjunto, es un libro bueno y, en el ámbito chileno (y mexicano, según se nos ha dicho) relativamente novedoso. La buena burguesía debería leerlo.

CRISTIAN GAZMURI

Historia latinoamericana en la Universidad de Hamburgo: Una reseña colectiva. Hamburger Ibero-Amerika Studien (antes *Hamburger Beiträge zur Überseegegeschichte*), colección dirigida por el Prof. Dr. Horst Pietschmann. Münster & Hamburg: Lit Verlag, 1991-1996. Han aparecido ocho volúmenes:

1. ARFS, Jörn Helmuth. *Die Beziehungen der Hansestadt Hamburg zu den La Plata-Staaten (1815-1866)*. 1991. 418 pp. (ISBN 3-89473-112-5).
2. BECHTLOFF, Dagmar. *Bruderschaften im kolonialen Michoacán. Religion zwischen Politik und Wirtschaft in einer interkulturellen Gesellschaft*. 1992. 302 pp. (ISBN 3-89473-250-4).
3. SPIEWAK, Martin. *Das ferne Echo der Vernunft. Das höhere Bildungswesen in Hispanoamerika im Zeitalter der Aufklärung*. 1993. 172 pp. (ISBN 3-89473-759-X).
4. SCHILLAT, Monika. *Feuerland. Eine Grenzregion im Spannungsfeld internationaler Interessen (1520-1915)*. 1994. 260 pp. (ISBN 3-89473-863-4).
5. ZEUSKE, Michael. *Francisco de Miranda und die Entdeckung Europas. Eine Biographie*. 1995. 298 p. (ISBN 3-89473-860-X).
6. BARTH, Boris; MEISSNER, Jochen (editores). *Grenzenlose Märkte? Die deutsch-lateinamerikanischen Wirtschaftsbeziehungen vom Zeitalter des Imperialismus bis zur Weltwirtschaftskrise*. 1995. 203 pp. (ISBN 3-8258-2066-1).
7. TRÜMPER, Katharina. *Kaffee und Kaufleute. Guatemala und der Hamburger Handel (1871-1914)*. 1996. 86 pp. (ISBN 3-8258-2475-6).
8. STARKE, Klaus-Peter. *Der spanisch-amerikanische Kolonialhandel. Die Entwicklung der neueren Historiographie und künftige Forschungsperspektiven*. 1995. 146 pp. (ISBN 3-8258-2542-6).

Por ser sobradamente conocida y apreciada, no viene al caso detallar aquí la enorme tarea de investigación y fomento de los estudios latinoamericanos que ha desarrollado el profesor alemán Horst Pietschmann. Desde su cátedra en el Seminario de Historia de la Universidad de Hamburgo, ha impulsado a lo largo del último decenio gran cantidad de intercambios académicos, servicios docentes, proyectos de investigación, becas, congresos y publicaciones. Ha sido secretario general y presidente de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA), coordinador general (*Fachbereichssprecher*) del área de ciencias históricas en la Universidad de Hamburgo y editor responsable del *Handbuch der Geschichte Lateinamerikas*, publicado en tres gruesos volúmenes (Stuttgart: Klett-Cotta, 1992-1996).

En esta ocasión presentamos una reseña colectiva de los *Hamburger Ibero-Amerika Studien*, colección relativamente nueva, dirigida por Horst Pietschmann, que refleja de manera directa los frutos de su trabajo docente e historiográfico en la Universidad de Hamburgo. La colección se inició con el título de *Hamburger Beiträge zur Überseegeschichte*, siendo lanzada por Pietschmann junto con los profesores hamburgueses Leonhard Harding y Helmut Mejcher (especialistas en historia de África y el Medio Oriente, respectivamente). A partir del tercer volumen, sin embargo, la serie —publicada por la casa editorial Lit— quedó restringida sólo al campo de América Latina. En ella se han dado a luz dos tesis de doctorado: las de Arfs y Bechtloff, y cuatro tesinas de maestría: las de Spiewak, Schillat, Trümper y Starke, todos discípulos del profesor Pietschmann. Veamos a continuación algunas de las características más resaltantes de dichos aportes.

Basada fundamentalmente en documentación del Archivo General de la Nación (México, D.F.) y del Archivo Municipal de Pátzcuaro, Dagmar Bechtloff (1992) expone la trayectoria de las cofradías que florecieron en el obispado de Michoacán, desde los primeros años de la evangelización ibérica hasta las postrimerías del siglo XVIII. Utiliza especialmente los datos de la cofradía indígena de Santa Marta de Pátzcuaro, colocando a sus miembros en relación con la administración de la ciudad, los mecanismos de integración social y el desarrollo de las finanzas. En esta ejemplar muestra de investigación socioeconómica abundan las referencias numéricas, los cuadros estadísticos y los anexos con transcripción de documentos de carácter censal.

Entre las conclusiones a las cuales arriba el estudio de Bechtloff, se indica (p. 163) que las cofradías demostraron en el virreinato de Nueva España ser unos instrumentos extraordinariamente polifacéticos y flexibles, capaces de operar con eficacia en medio de circunstancias de agudo cambio religioso, cultural y político. Estas agrupaciones surgieron desde los momentos iniciales de la presencia española y hallaron —contrariamente a lo que se pensaba— muy pronta repercusión entre las capas indígenas. Tanto para los misioneros novohispanos como para los neófitos aborígenes del siglo XVI, las cofradías significaban una puerta de ingreso al mundo ideal de la “utopía cristiana”, a través de rituales litúrgicos, procesiones y el mantenimiento de hospitales y obras de caridad.

De los orígenes, desarrollo e importancia de los enclaves mercantiles de Hamburgo en la cuenca del Río de la Plata se ocupa la tesis doctoral de Jörn Helmuth Arfs (1991), que enfoca particularmente el período comprendido entre el fin de las guerras napoleónicas y la formación del Segundo Imperio alemán. Durante estos años, Argentina y Uruguay, sin llegar a ser la contraparte mercantil más importante de Hamburgo en América Latina, desempeña-

ron un papel interesante por su disponibilidad de cueros, pieles y cerdas de ganado, tanto vacuno como caballar. En cuanto a la balanza de intercambios, resultaban mucho mayores los capitales que salían del norte de Alemania con destino a la región platense (que no al revés). Los numerosos cuadros y tablas que ofrece esta obra son bien ilustrativos del trajín comercial que se vivía entonces.

Por otra parte, también le interesa a Arfs el trasvase demográfico, o sea, las características de la emigración hanseática al Río de la Plata. En los censos de la ciudad de Buenos Aires de 1855 y 1869 se comprueba que el uno por ciento de los habitantes era de origen alemán, aunque no todos venían ciertamente de la metrópoli del Elba (y la proporción étnica de estos inmigrantes era todavía menor en el Uruguay). En su mayoría, los hombres que se aventuraban a marchar a las lejanas tierras australes eran artesanos y comerciantes. Todo ello refleja, pues, gracias a una seria y meticulosa investigación, el trasfondo político, económico y social que enmarcó los primeros contactos formales del mundo hanseático con Hispanoamérica.

¿Cómo resolver la encrucijada de concepciones económicas y escuelas historiográficas que han intervenido para explicar el gran comercio atlántico iberoamericano de los siglos XVI, XVII y XVIII? Sobre este delicado punto se manifiesta la contribución de Klaus-Peter Starke (1995), haciendo un recuento de las investigaciones más notables en la materia y poniendo el énfasis en factores como la procedencia de las mercancías, la fisonomía de los negocios, la distribución del capital y el papel de las elites comerciales. Entre los autores más frecuentados se hallan algunos "clásicos", como Braudel, Chaunu, Hamilton, Lapeyre, Smith y Vilar, junto con otros de más reciente data, como García Baquero, García Fuentes, Morineau y Moutoukias. Amparado en la observación estadística, señala el joven estudioso alemán que desde los años 1970 disminuye progresivamente la perspectiva ancha y teórica sobre el comercio indiano para dar lugar a investigaciones detallistas, de carácter más bien regional; y sugiere, entre sus conclusiones, el aporte de la informática para resolver algunos problemas todavía pendientes en relación con el tráfico ultramarino de aquella época.

Por otra parte, el libro de Monika Schillat (1994) traza la historia de la Tierra del Fuego, en el extremo meridional de América del Sur, desde su ocupación inicial en tiempos precolombinos hasta el tratado de límites de 1881 y las inmediatas consecuencias de la partición territorial entre Argentina y Chile. A pesar de tratarse de una región verdaderamente marginal, periférica, la Tierra del Fuego captó desde el siglo XVI la atención de los expedicionarios europeos, a causa de diversos mitos y leyendas, así como de motivaciones de orden económico y estratégico. Después de proclamada la independencia, los dirigentes argentinos y chilenos coincidieron en una política colonizadora que

pasaba por el sometimiento de las comunidades aborígenes, el fomento de la ganadería lanar y la búsqueda sistemática de oro. La documentación recogida minuciosamente por Schillat nos permite observar cómo las tensiones internacionales han influido en la estructura material y cultural de este archipiélago del Atlántico sur.

En un trabajo fundado sobre la amplia bibliografía existente, Martin Spiewak (1993) examina la repercusión de las concepciones ilustradas en el sistema de educación superior de Hispanoamérica a lo largo del siglo XVIII. Incide el autor en el conocido hecho de que fueron los jesuitas quienes lideraron el movimiento innovador, buscando acabar con la metafísica y la lógica especulativa (herencias de la Escolástica) e imponer en su lugar la observación naturalista y la experimentación. Se enfocan de manera concreta los planes de reforma en colegios y universidades de las audiencias de México, Guatemala, Bogotá, Quito y Lima; la indagación se centra aquí en aspectos de la pedagogía, la filosofía, la teología, el derecho canónico y civil y la medicina. Luces y sombras de la reforma educativa son puestas en vinculación con los propios intereses políticos de la Corona española, ya que la difusión de la crítica y la razón no siempre conjugaba con el despotismo ilustrado de los Borbones.

Por el contrario, una próspera conjunción de intereses marcó las relaciones económicas entre Guatemala y la rica ciudad de Hamburgo durante los años del Segundo Imperio alemán. Entre las consecuencias de la revolución liberal guatemalteca de 1871 estuvieron la apertura del mercado a las inversiones extranjeras y el incremento en gran escala de la producción del café; importantes firmas y hombres de negocios de origen hamburgués explotaron plantaciones cafetaleras en la costa del Pacífico y fomentaron, más aún, una colonia de habla germánica en la Alta Verapaz. Todo esto se desprende del breve pero sugestivo estudio de Katharina Trümper (1996), nutrido de fuentes del ámbito mercantil y complementado con tablas sobre la producción y comercialización del café de Guatemala.

El conocido investigador y profesor Michael Zeuske, de la Universidad de Colonia, se suma a esta serie de publicaciones con una biografía narrativa (1995) del "protolider de la independencia americana", el caraqueño Francisco de Miranda. Ha sido la intención del autor exponer la vida cuasi novelesca de este personaje ante los lectores del ámbito germano (donde todavía era virtualmente ignoto) y perseguir con minucia las estaciones, anécdotas y circunstancias más interesantes de su travesía ideológico-política. Aunque la biografía está fundada en gran cantidad de estudios y documentos de primera mano, a veces Zeuske se permite "reconstruir" ficticiamente ciertos diálogos, con el fin de otorgar mayor intimidad y verismo a su relato. Desde este punto de vista, resulta de particular interés el cap. VII, en el cual se describe cómo el aristócrata criollo realizó su propio "descubrimiento" de Europa, a través del periplo

—antecedente a su participación en las guerras de la Revolución Francesa— que le llevó por Holanda, Prusia, Sajonia, Austria, Italia, Grecia, Turquía, Rusia y los países escandinavos.

En la época en que le tocó vivir, Miranda fue considerado como un libertino, un aventurero, un *outsider*. Su actividad entera desembocó en un proyecto político que en el año 1812, cuando era generalísimo de las fuerzas militares de Venezuela (y cuando se terminaba de gestar la Constitución liberal de Cádiz), halló un rotundo fracaso. A fin de cuentas, Zeuske no le admite en la categoría de revolucionario social, quizá debido a su egoísmo desenfrenado, que buscaba combinar las aspiraciones de la pujante burguesía con los viejos privilegios de la nobleza (cf. pp. 264-266).

De un seminario realizado en el Ibero-Amerika Institut de Hamburgo, en marzo de 1994, procede el volumen editado por Barth y Meissner (1995) acerca de la problemática en las relaciones económicas de Alemania y América Latina a partir del último tercio del siglo XIX. Salvo el ensayo de apertura, a cargo del profesor inglés Rory Miller, las demás contribuciones de esta obra han sido escritas por jóvenes historiadores latinoamericanistas del ámbito germano-parlante: Boris Barth, de Düsseldorf; Thomas Fischer, de Nuremberg; Frank Ibold y Jochen Meissner, de Hamburgo; Stefan Karlen, de Zürich; Stefan Rinke, de Eichstätt; y Jan Suter, de Basilea. Son aportes que reflejan tanto investigaciones regionales como estudios de casos, concernientes a la actividad de bancos, casas de importación-exportación e inversionistas alemanes en países como Argentina, Colombia, Guatemala y El Salvador (y en todo el espacio al sur del río Bravo, en general).

Según advierten los editores en la introducción, sólo desde hace unos veinte años la historiografía germánica examina intensivamente las vinculaciones económicas y financieras con América Latina, teniendo en cuenta sus correlatos en la política, la sociedad y la cultura. Por este motivo, puede afirmarse que los teóricos e investigadores de habla inglesa siguen manteniendo la delantera, sobre todo gracias a su adecuado manejo de categorías para enfrentar la materia. En términos de realidad histórica, lo cierto es que el Imperio alemán constituía a principios del siglo XX uno de los cinco mayores socios comerciales del subcontinente latinoamericano, posición que se vio favorecida por la consolidación de los Estados nacionales en uno y otro extremo y por las ventajas del transporte marítimo a vapor.

Como hemos apreciado, los volúmenes que conforman esta serie de *Hamburger Ibero-Amerika Studien* están caracterizados por su seriedad en el manejo de las fuentes, su solidez en los enjuiciamientos y su apertura a nuevas corrientes de interpretación. En el caso de los trabajos académicos ejecutados por discípulos del profesor Pietschmann, se acusa una marcada preferencia por la historia (tanto colonial como republicana) de Argentina, Guatemala y Mé-

xico; cuando no se trata de investigaciones focalizadas en alguno de estos tres países, la contribución suele tomar más bien una óptica latinoamericanista general. Sin embargo, tal observación no implica necesariamente una crítica, pues la restricción a determinados ámbitos geográficos o franjas temáticas ha acompañado siempre a las escuelas históricas, inclusive a las mejores y de más profunda repercusión. En definitiva, esperamos que aparezcan nuevos aportes dentro de esta serie de publicaciones y que continúen adelante los estudios de historia latinoamericana en la Universidad de Hamburgo.

TEODORO HAMPE MARTINEZ*

MARIO GARCÉS, *Historia de la comuna de Huechuraba. Memoria y oralidad popular urbana*. ECO, Educación y Comunicaciones, Santiago, 1997.

A través de una escritura-oralidad emotiva y apasionante, Mario Garcés nos presenta un excelente texto sobre el poblamiento popular de Huechuraba, comuna norte de la capital. Varios años de trabajo del autor en el campo de la educación poblacional y de la historia oral, un dotado equipo profesional y el testimonio de más de sesenta pobladores, especialmente ex dirigentes, constituyen la firme base de apoyo de esta historia social urbana que resulta valiosa y de gran interés. Su portada —mostrando una hermosa y sonriente foto de familia poblacional— insinúa de inmediato la calidez y significación humana que contiene el texto; imagen que invita y aproxima la lectura a los seres concretos, cuya narración protagonizan.

El trabajo se inscribe dentro del “género” de la historia-oral, el que se ha ido revalorizando dentro de la historiografía y las ciencias sociales en las últimas décadas. Este género, que trabaja con lo que el autor certeramente denomina “método de la memoria”, ha permitido renovar la historiografía en varios sentidos. En primer lugar, ha posibilitado acercar la investigación histórica a los temas y actores contemporáneos y especialmente de la historia reciente. Por otra parte, ha posibilitado a la historiografía aproximarse al terreno de la *subjetividad*, dimensión importantísima a la hora de comprender la historicidad como un campo propio de actores y sujetos humanos. Este conocimiento subjetivo pone, asimismo, a tono a la historiografía con las corrientes

* Profesor ordinario del Departamento de Humanidades, Pontificia Universidad Católica del Perú. Entre julio y diciembre de 1996 estuvo gozando una beca de investigación de la Fundación Alexander von Humboldt, asociado formalmente a la cátedra del Prof. Dr. Horst Pietschmann en el Historisches Seminar, Universität Hamburg.

científicas contemporáneas, las que, renunciando a la pretensión ilustrada de la "verdad objetiva", reconocen el rol subjetivo del conocimiento, otorgándole a este una nueva definición.

En el caso de la historiografía popular, la historia oral ha permitido incorporar su protagonismo en diversos campos de la cultura y la realidad contemporáneas, lo que a menudo queda velado por su escasa presencia en las narraciones documentales oficiales o periodísticas; pero no sólo por esto. La oralidad constituye, a nuestro juicio, una modalidad propia de conocimiento popular, que expresa el saber que articula la reflexión en torno a la experiencia directa y a esta con la que emana de la tradición comunitaria latinoamericana: la cual reside en la memoria colectiva de su pueblo.

El texto se estructura en cuatro capítulos, tres de los cuales se refieren a las distintas etapas del poblamiento popular de Huechuraba, interceptados por un capítulo referido a la experiencia del Golpe Militar de 1973 en el seno de esas poblaciones, el que resulta especialmente revelador. Es decir, el texto trata básicamente de la gesta fundacional colectiva y popular de su hábitat en la "ciudad propia", que otrora los marginalizaba o no los integraba de manera estable y digna. Esta es, pues, una historia de la "dignificación popular": acción y gesta que, si bien a menudo va a ser "apoyada" a través de ciertos instrumentos legales, se caracteriza principalmente por la capacidad de iniciativa propia y por la autonomía que alcanza el pueblo que actúa: su gesta fundacional poblacional constituye el primer plano de su historia en el seno de la nación.

Estando centrado el tema en la "aventura" popular de la conquista y colonización de un nuevo espacio, todo nos invita a un símil comparativo, real y simbólico, con las gestas históricas fundacionales. Esta narración, construida especialmente a partir de testimonios de protagonistas, nos remite a cada paso a esa otra y conocida historia: la de la conquista y fundación de Santiago del Nuevo Extremo; el texto podría incluso titularse: "*La conquista y fundación de Santiago en la segunda mitad del siglo*".

En sus primeros capítulos, el autor expone las dos primeras fases de esta ocupación y colonización popular -1949 a 1969 y 1969 a 1973-, y lo hace acompañando respetuosamente el testimonio de los protagonistas, sin prácticamente intervenirlo con su análisis, manteniendo, así, la frescura de la narración original. Ello nos permite ahora la tentación de una interpretación posterior. Y esta interpretación, que sólo se inspira en la narración, se refiere a lo ya insinuado: a la odisea de la conquista y colonización por fuerzas populares de un espacio territorial americano a fines del siglo XX. Quisiéramos referirnos a este proceso a la luz del texto de Mario Garcés.

En primer lugar, el punto de partida de la expansión humana en el espacio territorial queda manifiesto en la tensión que corre, aun diseminada y fragmentada, entre las venas de las generaciones nuevas sin espacio propio, entre el

cansancio de la pobreza de las mujeres con hijos que habitan espacios ajenos, alquilados con salario escaso; en la tensión que habita el sueño de una casa propia con patio y parrón; y en el deseo que se contagia y corre a través del rumor de la partida de otros, la avanzada de los osados, así como las noticias de su llegada a tierras nuevas, de frutos prometedores. *“Nos vinimos porque yo ya me casé, tenía mis niños y una empieza a buscar para vivir sola, porque vive mejor una sola que de allegada, con los suegros... Aunque sea, dije yo, aunque sean tablas, pero vivo sola y por eso me vine a vivir acá”* (pág. 25).

Entonces acuden los pasos presurosos a inscribirse en la hueste que se forma; se anotan nombres y aportes de capitales en libretas Corvi y se hace la espera ansiosa durante el tiempo de la tramitación de concesiones, títulos y autorizaciones de partida. Pero, cuando ya la espera desespera y el clima de la historia hace flamear las velas de la mar, las mujeres, al llamado de la sirena, cogen sus niños y su bandera; en silenciosas madrugadas forman cuerpos y se hacen a la aventura de conquistar. *“Vaya usted, que tiene hijos, a usted le sirve, así que váyase no más, ¡yo le presto una bandera!* (pág. 97). *“Yo salí, tomé a uno de mis niños que tenía ocho años, lo envolví en una cubrecama, tomé una banderita chilena que tenía, así chiquita, y se la pasé”* (pág. 64). La marcha de las micros enfila sigilosa hacia las tierras nuevas, más allá de los límites, donde los pastos, los animales y las vides habitan en naturaleza. Caminan los pies temblando sobre la tierra que habrá de cambiar su nombre. Caen de sorpresa, cuando los que custodian la aldea aún duermen. Presididos por sus guerreros, avanzan como un ejército de niños, enfilando al norte.

Al clarear, ya se han enarbolado las banderas de la Madre-Patria y se ha levantado el campamento de su nueva casa. Una colonia de Chile se insinúa en el barro.

De la narración se sabe que no hubo episodios de batallas campales en la conquista de Huechuraba en los años '60 y '70, la época de su poblamiento masivo. Carabineros acudía sin órdenes de ataque. Fueron más bien conquistas negociadas, políticas. Y rápidamente se entró de lleno a la fase de colonización y fundación. Se procedió entonces, como tantas veces se ha procedido en tierra conquistada: al nombramiento de Comité directivo o Cabildo poblacional, donde se eligen los que han de gobernar la nueva ciudad, los cuales proceden a otorgar nombre al territorio apropiado y a reconocer los vecinos. La nueva historia escribía sus primeras páginas.

Se continuaba con el trazado de las calles a cordel y tiza por los alarifes populares; y se procedía luego a la concesión de mercedes de sitios. *“Entregamos más de dos mil sitios, (...) nosotros trazamos los sitios y se los fuimos entregando a cada familia. El esposo de Isabel tenía conocimientos de este asunto de topografía, algo sabía de planos...”* (pág. 74). Más tarde se lograba obtener las cartas con los títulos oficiales. Finalmente, la instalación de tablas-

cartones o de mediaguas y la construcción en paneles o ladrillo, marcaron la diferencia de la alianza de los colonizadores con los gobiernos de la época.

Como en la historia de la vieja ciudad, las tareas de construcción del nuevo emplazamiento humano se veían interrumpidas por las batallas que hubieron de darse ante las invasiones de otros que reclamaban el mismo lugar. Las guardias nocturnas despertaban a los vecinos al grito de guerra: “*¡Se toman los sitios!*”. Estos se levantan, a medio vestir corren y toman palos y salen a dar batalla contra las sombras reales y ficticias que se deslizan por la noche.

Luego vienen las tareas de la urbanización: la distribución del agua y de la luz, la construcción de alcantarillas: obras que marcan definitivamente el hábitat urbano y la superación de la etapa de campamento. En ellas, la interacción entre lo institucional y lo poblacional se hace patente, manteniendo, sin embargo, la iniciativa protagónica los vecinos, los que demandan el concurso del cabildo municipal y de los ministerios. La sociedad civil –como tantas otras veces en la historia de Chile– refuerza su fisonomía en el campo poblacional, alimentada por la experiencia y memoria tradicional de la vida comunitaria.

Los pobladores rememoran, a través del texto de Garcés, esos episodios heroicos de su gesta fundacional. Y lo hacen con la emoción de reconocer en ellos su ser-histórico.

Dentro de este marco resulta especialmente traumática la experiencia poblacional de Huechuraba durante la fase de golpe militar, a partir de 1973. Traumática, porque además de sufrir la pérdida de muchos seres queridos, el militarismo en el poder y su prepotencia ejercida contra los pobladores, representó la absoluta negación del proceso constructivo y afirmador de su sujeto histórico, cual fue el vivido por ellos en las décadas anteriores. Redadas, apremios, ejecuciones, allanamientos, amenazas, estuvieron destinadas a sembrar el terror poblacional. “*Yo, como madre, seguí picoteando por qué me habían matado a mi hijo, yo quería saber por qué me lo habían matado, que me dieran una respuesta y fui a hablar a un teniente... y le dije por qué habían matado a mi hijo (tenía 17 años). Que yo incluso no le vengo a pedir un favor y que le exijo que me diga por qué. Entonces me dijo él: ‘aquí lo que se mató fueron puros delincuentes’. Entonces yo le dije: ‘no pues, porque mi hijo no era delincuente; mi hijo me ayudaba a mí a trabajar, pues yo tenía una pequeña verdulería’. Le digo yo: ‘él me ayudaba a trabajar, era mi brazo derecho, era el que me hacía las compras, todo, ustedes no me pueden decir que era un delincuente’, le dije yo. ¡Ay, qué sufrimiento más grande Dios mío! Nunca supe”.* (pág. 112). Un capítulo poco conocido de la historia de la dictadura y que este libro contribuye a revelar.

La ruptura del pacto político-social que significó la dictadura fue, no obstante, un estímulo a una organización poblacional sin precedentes y que alcanzó expresiones diversas: desde la organización para la sobrevivencia alimen-

taria, hasta los grupos culturales de apoyo a la educación y de esparcimiento. La iniciativa civil-popular encontró un vasto campo de acción, reforzando la tradición solidaria del pueblo, construyendo formas que tendían a delinear un modelo de sociedad comunitaria. Todo esto se puede apreciar en el capítulo tercero del libro que comentamos, el que culmina con las protestas de los '80.

Es notorio el cambio en los niveles y estímulos para la organización comunitaria que se percibe a partir del establecimiento de reglas mercantiles para la adquisición de vivienda y con el fomento de la urbanización incluida en dicha adquisición. *"Parece evidente, dice Garcés, que existe una relación entre las formas y niveles de organización y el nivel de sus necesidades. La historia así nos lo ha demostrado. En efecto, uno de los motivos de la disminución de la organización local pareciera ser la ausencia de necesidades apremiantes que cuestionen la subsistencia"* (pág. 148). He aquí uno de los temas importantes de la historia social poblacional de los años postdictadura y que sin duda habrá de ponerse en el centro del análisis social a partir de los '90. A uno le cabe la duda al respecto: ¿es la falta de necesidades; es el modo de resolución de las necesidades; es el cambio de carácter de las necesidades: de las de subsistencia a las de desarrollo? Lo interesante del texto que comentamos es que justamente traza toda la trayectoria evolutiva que va desde el modo de acción comunitaria hasta su decadencia en el presente, e incluso su sustitución por otras formas organizativas, como las pandillas, ligadas algunas a la drogadicción y delincuencia, que "canalizan" la rebeldía juvenil. Pero también simplemente a la sana entretención.

Los autores constatan, no obstante, la vocación comunitaria de los pobladores, la cual se manifiesta ahora en torno a la *sociabilidad*, especialmente la celebrativa propia de las fiestas conmemorativas, religiosas y patrióticas: relativas a la patria nacional y la patria poblacional. El modelo comunitario no ha muerto, aunque a todas luces se encuentra profundamente resentido.

Se mantiene, sin embargo, entre las páginas que comentamos, la perplejidad en torno a la pérdida de la acción comunitaria, que estaría produciendo *"desmoralización y defraude"* entre los pobladores. Al respecto, los autores señalan que *"los tiempos han cambiado y que se deben probar formas nuevas y métodos de organización y reunión"* (pág. 185).

Personalmente me atrevería a insinuar que ello se relaciona principalmente con el modelo general de sociedad que vivimos, sustentada básicamente sobre la dinámica trabajo-mercado. En los años 50-70 las crisis del capitalismo hacían ineficaces las variables mercado-trabajo como una vía de resolución para los problemas de la subsistencia y vivienda popular; en los años 64-73, a más de lo anterior, se propició el poder popular desde el seno de lo poblacional, en cuanto que dicho poder definió el concepto mismo de "democracia", lo cual activó el protagonismo organizativo y comunitario de los pobladores; en los

años 74-80, si bien se instala radicalmente el neoliberalismo, este es francamente marginalizador de la sociedad popular, tanto en lo económico como en lo político, lo cual gatilla fuertemente la organización poblacional general para la subsistencia amenazada. Pero, con la estabilización del sistema capitalista después de los '80 –básicamente a través del ahorro social obligatorio y sistemático– la dupla trabajo-mercado ha invadido al mundo social popular, como a todos los sectores de la sociedad chilena. Simultáneamente, lo que políticamente se ha instalado no es un sistema democrático propiamente tal, sino un sistema *republicano*, el cual se define justamente por establecer las distancias entre el pueblo y el poder –en todas sus manifestaciones–, a través de la mediación, puramente formal, de partidos e instituciones. En suma, tiendo a pensar que si bien la vida comunitaria es algo muy propio de lo popular, ello es inseparable del modelo estructural que construye nuestra sociedad en general y que: o potencia y desencadena lo comunitario o lo inhibe y desestructura. Por último, creo que el sistema republicano aún da mucho para la organización societaria, aunque ella estará encaminada hacia fines más particulares o fragmentarios respecto de lo social general. Pero el objetivo debe seguir siendo la democracia y el poder comunitario popular.

Siguiendo en este terreno de las reflexiones, pero volviendo al autor, este introduce en las páginas iniciales una madura reflexión, producto de sus muchos años de experiencia en el campo de la historia y la educación poblacional y fruto de este mismo libro, y se pregunta: “*por qué y para qué estudiar procesos históricos protagonizados por personas y grupos populares?*” (pág. 12). La respuesta que ofrece el autor tiene dos vertientes.

Por un lado, establece la importancia que tiene el reconocimiento por parte de los historiadores, de una cultura popular urbana: la “*legitimidad de la palabra como herramienta constructora de realidad se encuentra repartida en la sociedad chilena*”. Garcés reclama que esta palabra a menudo no se halla reconocida en los proyectos políticos y de desarrollo, lamentando la distancia entre ambos mundos, “*tensión que recorre nuestra historia nacional*” (pág. 14). De este modo, visualiza una potencial relación entre oralidad popular y narración oficial, otorgándole a lo popular una legitimación en la producción general de la cultura.

En segundo lugar, el autor legitima esta historia y su “*método de la memoria*”, en cuanto fundamento de la “*identidad*” de pobladores, la que asocia estrechamente con las “*posibilidades de desarrollo de la comunidad*” (pág. 13). Establece, así, una estrecha relación entre identidad y práctica; una práctica ligada a los desafíos concretos de la vida comunitaria de pobladores y a la potencialidad de su iniciativa autónoma.

En el seno de esta dialéctica dada por la interrelación, a veces contradictoria, entre dependencia estructural y autonomía popular, se desarrolla el texto

o la memoria de los colonizadores de Huechuraba. Ello constituye, a mi juicio, otro de los fenómenos interesantísimos a reconocer en el libro que comentamos.

Sin embargo, hay algo que no deja de inquietarme. Creo que ello está relacionado con la pregunta que se formula Mario Garcés: “¿por qué y para qué estudiar procesos históricos protagonizados por personas y grupos populares?”. Hay un dejo de “historia ajena” en esta pregunta; creo que es esto lo que inquieta de su lectura historiográfica. No; no creo que sea necesario hacerse esa pregunta; no creo que sea bueno. Quizás me explique si traduzco la pregunta de Garcés de la siguiente manera: ¿Por qué y para qué estudiar procesos históricos protagonizados por conquistadores, fundadores y colonizadores de ciudad-patria? Obviamente, esta es una pregunta redundante—desde el punto de vista historiográfico— y hasta absurda. ¿Por qué preguntarnos, entonces, acerca de la legitimidad de la historia de pobladores, protagonistas-conquistadores y fundadores de ciudad y de patria poblacional, hacia fines de este siglo?

Personalmente me inclino hacia el camino de la no-justificación de la historización de lo popular, puesto que ello tiene el peligro de no alcanzar dicha “justificación”. Creo que debemos partir de la base de su legitimación, la que sólo debe sustentarse en una sólida conceptualización de su historicidad. Esto conducirá a la historia popular hacia la necesaria intertextualidad con la narración oficial y con las estructuras del poder, con las que los propios movimientos populares se vinculan en la práctica y en la política.

No me queda más que felicitar a Mario Garcés, a su equipo profesional—Juan Anabalón, Mabel Fontana, Laura Montero, Nancy Nichols, Myriam Olgún y Miguel Urrutia— y a los '63 pobladores que narraron su historia, que no es sino la nuestra.

M. ANGELICA ILLANES OLIVA

ASUNCION LAVRIN, *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*, Lincoln y Londres, University of Nebraska Press, 1995, 480 págs.

He aquí una síntesis acerca del primer movimiento feminista que aparece en América Latina, resultado de mucha investigación llevada a cabo durante la última década, en una encomiable labor pionera. Este libro restaura a este “primer ciclo de feminismo” —según expresa la autora— su dimensión de proceso histórico, cuando la palabra misma —feminismo— a menudo es objeto de

diatribas. Una perspectiva militante en obras de vulgarización escritas para un público masivo, sin valor científico, había hasta ahora limitado a los pocos autores que se dedicaron a la historia del feminismo en Argentina, Chile y Uruguay; adolecían de rigor crítico y sólo se apoyaban incidentalmente en fuentes originales. Los historiadores especialistas que han abordado algunos aspectos del tema —prensa, sufragio— se cuentan con los dedos de la mano¹. Nuevas investigaciones se han emprendido sobre puntos estudiados por Lavrin: su libro proporciona a estas de partida un marco regional donde situarse. A la historia nacional de cada uno de estos países, este mismo cuadro aporta un cúmulo de conocimientos nuevos y un número similar de temas para reexaminar. Y al incorporar de golpe una pieza fundamental del feminismo latinoamericano a una historiografía sobre el tema, ya importante en lo que concierne a Europa occidental y Norteamérica, es el feminismo del mundo occidental de la primera mitad del siglo XX que se esclarece bastante, con su dinámica común y sus singularidades nacionales o continentales².

En los tres países estudiados, Asunción Lavrin examinó detenida y sistemáticamente artículos de prensa, folletos y libros de la época, resultados de encuestas, debates parlamentarios y resoluciones de congresos feministas. Es-

¹ Véase Maxine Molyneux, "No God, No Boss, No Husband: Anarchist Feminism in Nineteenth-Century Argentina", *Latin American Perspectives*, 13:1 (1986) 119-145; Francesca Miller, "Latin American Feminism and the Transnational Area", en *Women, Culture and Politics in Latin America* (Berkeley, University of California Press, 1999) 10-26; Elizabeth Q. Hutchison, "La defensa de las 'hijas del pueblo': Género y política obrera en Santiago a principios de siglo", en *Disciplina y desacato: Construcción de identidad en Chile, siglo XIX y XX*, Lorena Godoy et al. (Santiago, Sur/Cedem, 1995) 257-285, sobre la prensa feminista obrera; Erika Maza Valenzuela, "Catolicismo, anticlericalismo y la extensión del sufragio a la mujer en Chile", *Estudios Públicos*, 58 (otoño 1995) 138-195, e ídem, "Liberales, radicales y la ciudadanía de la mujer en Chile (1872-1930)", *ibíd.*, 69 (verano 1998) 321-356. Estudios con un enfoque más temático que histórico son Silvia Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, *Mujer. Estado y política en el Uruguay del siglo XX* (Montevideo, Banda Oriental, 1984), Francesca Miller, *Latin American Women and the Search for Social Justice* (Hanover, University Press of New England, 1991) y Marifran Carlson, *¡Feminismo!: The Woman's Movement in Argentina from its Beginning to Eva Perón* (Chicago, Chicago Academy, 1988).

² En solamente tres otros países latinoamericanos el inicio del feminismo histórico ha sido estudiado sistemáticamente. Anna Macías, *Against All Odds: Feminism in Mexico to 1940* (Westport, Greenwood, 1982) y K. Lynn Stoner, *From the House to the Streets: The Cuban Woman's Movement for Legal Reforms, 1898-1940* (Durham, Duke University Press, 1991) enseñan el vínculo entre reivindicación de las mujeres y una revolución (México) o una guerra de independencia (Cuba). June E. Hahner, *Emanipating the Female Sex: the Struggle for Women's Rights in Brazil, 1850-1940* (Durham, Duke University Press, 1990) documenta una expresión creciente de las mujeres en la prensa y nuevas responsabilidades sociales. La historia del feminismo en Europa y los Estados Unidos ha empezado por enfocarse en el sufragio femenino al convertirse este en su reivindicación principal desde temprano. Entre las obras clásicas, véase David Morgan, *Suffragists and Liberals: The Politics of Woman Suffrage in England* (Totowa, N.J., Rowman and Littlefield, 1975), Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany, 1894-1933* (Londres, 1976), Ellen Carol DuBois, *Feminism and Suffrage: The Emergence of an*

tas fuentes permitieron enfrentar el desafío planteado por la enorme escasez de archivos institucionales y privados, o al menos el hecho que estos no estuvieran ni empadronados ni accesibles actualmente. Sobre muchas de las feministas que forman la columna vertebral de este libro hoy se sabe muy poco. De algunas sólo queda el nombre y sus escritos, de otras, lisa y llanamente se les ha perdido la pista. Las bibliotecas nacionales de los países del Cono Sur se cuentan entre las mejores de América Latina, pero en ninguna parte existe una biblioteca especializada, luego de varias décadas, en la conservación de archivos producidos por mujeres, como la biblioteca Marguerite Durand en París, o la Arthur and Elizabeth Schlesinger Library de Radcliffe College, en la Universidad de Harvard³.

No podemos dejar de destacar de entrada la consistencia con que se escribió este estudio y su solidez conceptual. La historiadora se desplaza con soltura entre las palabras y las cosas, entre los hechos y sus significados para los interesados; equilibra la reconstitución de los procesos con su análisis, presta atención a su dimensión tanto nacional como subcontinental. Lavrin procede inductivamente: nos ahorra una *teoría del género* con sus accesorios y extrae enseñanzas de alcance general del cúmulo de conocimientos y análisis que ha ido proporcionando. No necesita apelar a abstracciones mágicas del tipo *construcción social del género*, pero sí recurre oportunamente a distinciones analíticas útiles, o bien propone nuevas.

Un libro sobre un movimiento político: Fundadoras, pensamiento y acción

Conviene, para empezar, extraer con claridad el tema central de este libro: las ideas que, entre fines del siglo XIX y mediados del XX, defendieron las mujeres, bajo la forma de críticas y proposiciones, para ampliar sus derechos y su lugar en la sociedad; las formas de organización y de acción que ellas adoptaron para lograrlo, sus reivindicaciones y los programas que elaboraron; el modo, por último, como ellas argumentaron, dialogaron y polemizaron, ya sea entre ellas o con la prensa y la opinión pública, y sobre todo con los miembros de los partidos políticos, del Parlamento, del gobierno —en todos los niveles del aparataje del Estado. Lo que resumimos aquí rehabilita, ni más ni menos, la definición del feminismo en el vocabulario político. La palabra

Independent Women's Movement in America, 1848-1869 (Ithaca, Cornell University Press, 1978), Steven C. Hause y Anne R. Kenney, *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic* (Princeton University Press, 1984).

³ Una biblioteca Juan Bautista Justo (quien fuera el fundador del partido socialista argentino) se encuentra en Buenos Aires, pero ninguna en homenaje a su esposa, Alicia Moreau de Justo, la feminista argentina más influyente de su época.

aparece por vez primera en 1901 en Argentina (en la tesis de derecho defendida por Elvira López); en adelante formaría parte del vocabulario modernista del Cono Sur. Lavrin la utiliza, pues, desde su aparición; su libro muestra precisamente quién la usa y para decir qué.

La costumbre reciente de dar como título diversos “descriptores” en hilera —en este caso mujeres, feminismo y cambios sociales— en lugar de ordenarlos en una construcción sintáctica tal vez no contribuye a explicitar suficientemente el hecho que el feminismo es el tema central de la autora, alrededor del cual se articulan los otros dos campos semánticos de su libro. La confusión puede surgir si se aborda el libro de Lavrin usando como punto de partida los términos *women* o *social change* en vez de *feminism*. En el primer caso se podría esperar un estudio acerca del lugar que ocuparon las mujeres en general en la evolución de los países mencionados, entre 1890 y 1940. En el segundo, se anticiparía un análisis de las diferencias entre hombres y mujeres como el motor de los cambios que conocieron Argentina, Chile y Uruguay en la primera mitad del siglo XX.

La historia que escribió Lavrin es, entonces, la de las mujeres en su calidad de feministas, la de los cambios sociales que ellas propusieron y en los que personalmente se afanaron. ¿Historia de las mujeres y no del género? Hablar sólo sobre las mujeres es fácilmente tildado de separatismo en las Américas. Y yo me temo que no sería hacerle justicia a Lavrin. Más bien sería un craso error, dado que, ya sea feminismo o cliometría, jansenismo o ecología, se trata de estudiar un movimiento en su diversidad y rasgos comunes. Ello significa identificar sus protagonistas, analizar sus ideas, reconstituir su accionar. He allí una cuestión de método que lo habitual hoy en día de usar *women* y *gender* como sinónimos o como atributos uno del otro hizo necesario puntualizar.

La autora estudia a dos generaciones de mujeres en los tres países considerados: las primeras nacidas entre 1875 y 1885, las segundas entre 1895 y 1915. Es alrededor de estas primeras feministas del Cono Sur que ella construye el tiempo de este estudio, y sólo en esta medida, en base a las ideas sobre las cuales escribieron y por las cuales batallaron. Al terminar su libro en la década de los cuarenta, se verá más adelante que Lavrin deja las cosas en un momento en que las reivindicaciones lanzadas todavía no desembocaban en puntos importantes, y que otras estaban lejos de traducirse en cambios legislativos o institucionales. Pero lo que le pone punto final a su estudio no es tal o cual conquista legislativa. Por lo demás, entonces, ¿cuál escoger? ¿El derecho a voto en las elecciones nacionales? Para el Cono Sur serían no una sino tres fechas, escalonadas a lo largo de diecisiete años (1932, 1947 y 1949). ¿Y por qué habría que hacer el balance de este feminismo pionero desde el punto de vista del sufragio femenino, en vez del de las reformas al Código Civil relativas

a las mujeres? Igualmente separadas en el tiempo, según los países (Chile, 1925, Argentina, 1926, Uruguay 1946), elegir entre uno y otro aparecerá aún más discutible cuando se vea más adelante que ninguno de los dos constituyó el tema principal de aquel feminismo. El término de este libro llega cuando finaliza un primer ciclo, ya que la historiadora está en condiciones de percibir y demostrar que durante la década de 1940 se cierra la dinámica de un movimiento iniciado cincuenta años antes.

Lavrin primero expone el "mensaje" feminista —son sus palabras—, el que se lee a través de lo que estas mujeres hicieron y escribieron. Ella se preocupa de situarlo de entrada entre las demás corrientes de pensamiento y movimientos políticos que predominaban en aquella época y en la región, para luego seguir su evolución a lo largo del camino accidentado que presentó "la actualidad" occidental entre 1890 y 1940, y finalmente destacar lo que, a cada instante, ha sido más bien propio de las tres dinámicas nacionales. La urgencia del mensaje tiene dos causas: por una parte, una toma de conciencia creciente de su condición de mujeres las conduce a comprometerse políticamente; por otra, su anhelo de obtener resultados concretos en materia de legislación civil, social o política trasciende los matices y la diversidad de sus ideas feministas.

Esbozado por la primera generación, luego estructurado en términos que demostraron ser eficaces y perdurables, el feminismo que toma forma quiere convertirse en una proposición para un cambio social y se erige como imperativo moral. Las mujeres reclaman la posibilidad de expresarse públicamente y de participar en los asuntos ciudadanos: esa es —según ellas— la *misión social* que se les ha asignado, por haberlas dotado la naturaleza de su condición de madres. Una sociedad jamás funcionará bien si el Estado y sus instituciones no contemplan un espacio a quienes perpetúan "la raza"⁴.

En el marco del movimiento occidental que surgió entre 1850 y 1870, Lavrin destaca la especificidad de un primer ciclo feminista latinoamericano. Este se distingue de una corriente anterior, cuya palabra clave —"emancipación"— traslucía el énfasis jurídico: la extensión a las mujeres de los derechos reconocidos a los hombres. Y se diferenciará a su vez del "segundo feminismo" de fines del siglo XX, que exigirá al legislador reconocer que el control, por parte de las mujeres, de su sexualidad y su maternidad emana de sus derechos como personas antes de cualquier otra consideración de responsabilidad social propia de un sexo o del otro.

Los otros nueve capítulos examinan los temas sobre los que estas mujeres han actuado y escrito en el terreno político: el trabajo de las mujeres (capítulo

⁴ Como la semántica histórica lo demuestra, la palabra "raza" devuelta al contexto de la época en América Latina significa simplemente país o pueblo; se empleaba para marcar diferencias entre su país y otros.

2), salud materno-infantil (capítulo 3), sexualidad y función reproductiva (capítulo 4), eugenismo (¡tema muy de la época si debemos escoger uno!, capítulo 5), reformas a las disposiciones del Código Civil en relación a los derechos de la mujer casada sobre sus bienes, así como respecto de su cónyuge y de sus hijos (capítulo 6), divorcio (capítulo 7), derecho a voto (capítulo 8 para Argentina, 9 para Chile y 10 para Uruguay). En cuanto a cada tema, seguimos las vicisitudes y el camino recorrido a lo largo de varias décadas, las diversas posturas y los giros del debate según fuera la coyuntura nacional e internacional, los actores –mujeres, por cierto, ¡pero hombres también!– y sus estrategias con aciertos y desaciertos.

El Cono Sur hispano: Modernización del Estado y auge del feminismo

Argentina, Chile y Uruguay presentan rasgos comunes, especialmente en la época de su historia en que Lavrin los estudió. Cuentan con una población pequeña o mediana a la escala del continente, y étnicamente más bien homogénea; un clima templado les ofrece recursos agrícolas comparables. A partir de fines del siglo XIX conocen un dinamismo económico y una urbanización más marcada que en el resto de América Latina. Ello se traduce, entre otras cosas, en un desarrollo de las clases medias urbanas y un progreso notable de la educación, factores que entrarán directamente en juego en la formación de la primera generación de feministas. Argentina, Chile y Uruguay se sienten culturalmente más cercanos a Europa que el resto de los países de la América española, sentimiento alimentado por una inmigración intensa en el caso de Argentina y Uruguay. Estos vínculos intercontinentales o en el seno del hemisferio –ya que no debe olvidarse el comienzo del panamericanismo entre las naciones de las Américas– se traducen en el nacimiento de organizaciones y encuentros internacionales entre las elites del mundo político, los líderes sindicales, los representantes de organizaciones cívicas o especialistas del mundo científico, etc. El inicio del feminismo se ha beneficiado de esta dinámica internacionalista.

Por otra parte, en los tres países y durante el medio siglo estudiado, se produce un reforzamiento del Estado. Este asume una estatura nacional, amplía su administración y reivindica una extensión de sus funciones sociales, en busca de un rol en el desarrollo económico del país. Surge una clase de políticos –predominantemente liberales, positivistas– cada vez más autónoma en relación a los intereses agrícolas e industriales del país, que se juega por el aparato del Estado reforzado y la secularización de sus instituciones, que preconiza la integración de grupos nuevos a la clase de ciudadanos políticamente activos. En aquella época se consideraba que el reforzamiento del Estado y una intervención creciente en la sociedad civil eran pasos hacia la modernización.

Con una intensidad variable según cada país, esta pone en conflicto en todas partes a los partidarios del laicismo (o "libre pensamiento") con aquellos de la Iglesia, sin perjuicio de que esta tenga también, en algunos de sus sectores, un proyecto modernizador.

El feminismo del Cono Sur se expande, pues, en el marco de un desarrollo estatal que instaure nuevos vínculos con la sociedad. Las características que apartan a las instituciones políticas de Argentina, Chile y Uruguay de sus vecinos (y que además les confiere lazos con el sur de Brasil de lengua portuguesa) constituyen el contexto en el que nacerá el primer feminismo del continente latinoamericano. Ello dado que las protagonistas centrales de este libro provienen en su mayoría de las clases medias urbanas. Ellas son educadas y empiezan a asumir responsabilidades profesionales. La primera generación se destaca por sus juristas, médicas, profesoras universitarias; a menudo ellas son las primeras mujeres en ingresar a profesiones hasta ese momento exclusivamente masculinas, como Elvira Rawson de Dellepiane, segunda mujer en recibirse como médica en Argentina en 1901; o Paulina Luisi, quien se convirtió en 1908 en la primera médica de Uruguay. En este sentido, su toma de conciencia feminista deriva del acceso a la educación que un Estado modernizador posibilitó a estas mujeres desde fines del siglo XIX⁵. La diversidad de sus posturas, organizaciones y estrategias hizo que estas feministas finalmente coincidieran más con una pugna entre Iglesia y Estado que atraviesa todo el período, que con una división entre feministas surgidas ya sea de las elites o bien de las clases medias, o entre feministas liberales y socialistas. Al leer sus escritos hoy, esta confrontación a menudo trasluce de una manera sigilosa. Fue, sin embargo, el persistente telón de fondo de este primer feminismo, al igual que la modernización del Estado y de la sociedad.

Un feminismo social: La mujer-madre y el Estado de bienestar

El trabajo femenino asalariado se ha abierto paso como nunca antes en las principales ciudades del Cono Sur: en los años veinte, este constituirá el primer terreno para la acción de un feminismo que inscribe con frecuencia su combate

⁵ Como había escrito Lavrin sobre esto mismo hace ya veinte años: "Desde el momento en que la educación hizo posible la propia expresión, las mujeres naturalmente se dirigieron hacia la discusión de su posición en la sociedad y de sus propios problemas", en "Algunas consideraciones finales sobre las tendencias y los temas en la historia de las mujeres de Latinoamérica", en *Las mujeres latinoamericanas: Perspectivas históricas* (México, Fondo de Cultura Económica, 1985, 375. Traduc. esp. de *Latin American Women: Historical Perspectives* (Westport, Greenwood Press, 1978). La Universidad de Chile fue la primera de América Latina en abrir sus puertas a las mujeres. Resulta particularmente llamativo el número de mujeres ingresando a las filas de la enseñanza superior en este país, en comparación con sus vecinos y el resto de América Latina en general. Ello debería constituirse en un tema importante de investigación.

en las huellas socialistas. En 1924 se promulga en Argentina una legislación que proteja a la mujer y al niño —puesto que la visión de entonces coloca a ambos en una categoría única. El Código del Trabajo chileno, votado por el Congreso el mismo año, contiene disposiciones relativas a las mujeres y especialmente a los descansos maternales. Lavrin muestra cómo las feministas que participaron en su elaboración veían la cuestión social en términos esencialmente obreros y urbanos, como la mayoría de los reformadores sociales de aquella época. Su lucha en favor de la madre trabajadora de hecho beneficiaba poco a las asalariadas, en su gran mayoría solteras y sin hijos. Mientras el trabajo doméstico, que empleaba a un número mucho mayor de mujeres, prácticamente no recibía su atención.

El tema del trabajo femenino asalariado había puesto de relieve un concepto feminista de las relaciones entre las mujeres y el Estado que predominaría durante todo el período, y alrededor del cual comenzaba a formarse una alianza histórica entre un proyecto estatal de modernización y un proyecto feminista de sociedad. Se le exige a la ley garantizar a las mujeres los *mismos* salarios de los hombres y al mismo tiempo que se les asigne a ellas una protección *especial* debido a que son madres. Lejos de recusar la noción prevaliente en ese entonces de una función de las mujeres diferente a aquella de los hombres, la mayoría de las feministas del Cono Sur la aceptan, pues es en su calidad de madres que ellas repiensen el rol que las mujeres debieran desempeñar en la sociedad. Ellas convierten a la maternidad en una función social. Su principal argumento es que esta no sólo no ha sido reconocida hasta ahora, sino que incluso se la ha desvalorizado. Todos sus esfuerzos tienden a que la mujer madre reciba un *status* diferente. Los derechos que se reclaman para la mujer, las actividades y responsabilidades colectivas que le asignan, son una extensión de su maternidad.

Ahora es el momento en que el Estado aumente el campo de sus responsabilidades en la sociedad: luego de la educación, es el turno de la salud de ser considerada como un aspecto esencial del bienestar de los ciudadanos que el Estado tiene como misión promover. Ello significa introducir medidas masivas de higiene y profilaxis a las que se les asigna recursos; crear instituciones con personal especializado, todo un aparato reglamentario y administrativo al servicio de una política de salud pública. Política que concierne en primer lugar a los más pobres, situados a la vanguardia de las preocupaciones anteriores referentes al mundo obrero.

Lavrin describe el surgimiento de un feminismo maternalista que hace causa común con los médicos higienistas y los reformadores sociales para instaurar una salud pública centrada en la mujer madre y así difundir la noción de una maternidad científica o *puericultura*. Si no son madres ellas mismas —aunque muchas lo son— es como “profesionales” de la maternidad que las

feministas intervienen aquí, sean ellas inspectoras del trabajo, pediatras o asistentes sociales. Realizan visitas médicas, campañas de vacunación masiva y distribución de leche, toda una gama de cuidados, asistencia y control continuo de la salud materno-infantil. Paralelamente se intenta llevar a cabo una verdadera educación de las madres de familia en materia de higiene doméstica, de cuidados a los recién nacidos, en alimentación dietética. Las mujeres serán las principales beneficiarias de las legislaciones e instituciones nuevas en materia de salud pública que aparecen a contar de los años veinte. Pero no las únicas, ya que su meta no es la mujer, sino que la díada materno-infantil, puesto que, como lo hace notar Lavrin, estas políticas descansan sobre la construcción ideológica de una entidad madre-hijo.

Al apostar sobre un Estado en el que la modernización pasa por la extensión de sus responsabilidades sociales, el feminismo maternalista aseguraba una feliz puesta en marcha al Estado de bienestar, cuyo éxito se fortalecería plenamente más allá de los años cuarenta. El recuerdo de un amigo chileno constituye la ilustración de un proceso del cual acabamos de resumir sus inicios. Su padre pertenecía al cuerpo médico del *Servicio Nacional de Salud*, que fue especialmente importante en Chile hasta los años setenta. En su calidad de jefe de la *Sección Nutrición*, él dependía del *Departamento de Salud Materno-Infantil*: esta jerarquía que subordinaba al padre héroe a algo femenino suscitaba la perplejidad del niño...

En la década de 1930 la cuestión social adquiere un tono nacionalista, ya que las políticas sociales se orientan hacia el hogar, conjugándolo con la patria. Es un viraje ideológico que parece una réplica a la terrible desmoralización producida por la crisis mundial de 1929. Se esboza una variante "familiarista" del feminismo social que adopta la noción de su tiempo: la grandeza de una nación descansa en el vigor de su población. Ahora más que nunca se requiere la protección de la mujer en su condición de madre. Ella se convierte en el centro de una política social fundada en el eugenismo (o calidad de la reproducción humana). Las medidas tomadas en materias materno-infantiles prevendrán la degeneración de un pueblo, ya que sobre ella reposa el futuro de la nación. Los derechos que reclaman las feministas para la mujer sólo pretenden permitirle ejercer esa responsabilidad sagrada que sólo a ella le pertenece: traer al mundo y criar niños sanos y robustos.

El feminismo maternalista deja su huella en otras reivindicaciones

Las reivindicaciones formuladas en otros ámbitos contra las leyes y las costumbres que obstaculizaban o ponían en desventaja a la mujer gravitan en torno a ese feminismo maternalista y familiarista que acabamos de analizar. Los argumentos que las feministas planteaban con mayor frecuencia con

respecto a los derechos que una mujer debiera tener sobre sus niños y como cónyuge, frente a su marido, son muy reveladores a este respecto. Resumámoslos.

¿Cómo es posible que a la mujer se la considere jurídicamente una persona incapaz dentro de la familia, si al mismo tiempo se pretende que se haga cargo de la educación de sus hijos, responsabilidad que la sociedad le confía primero a ella antes que a su marido? ¿Y si la familia es el fundamento de una nación fuerte, cómo entonces se toleran las infidelidades conyugales del marido? Sobre todo porque sus consecuencias se contraponen directamente a este principio: niños que tienen la desgracia de nacer fuera de un hogar legítimamente constituido y por ello enfrentarán una discriminación legal; un padre que, dando un lamentable espectáculo del vicio, lanzará sobre ellos el oprobio de la sociedad; peor aún, una esposa con riesgo de ser contagiada con alguna enfermedad venérea cuyos efectos pueden ser hereditarios. Con esos aspectos a la vez morales y sanitarios, la defensa de la mujer-madre dicta igualmente las reivindicaciones en materia de sexualidad. Si bien algunas argentinas recomendaron la educación sexual en las escuelas, arguyendo la necesidad de enseñarles tanto a niños como a niñas sus futuros derechos y responsabilidades en este aspecto de la vida fueron una ínfima excepción.

La insistencia maternalista explica incluso las reticencias que rodean el proyecto de una disolución civil del matrimonio. ¿Acaso el divorcio no facilitaría al marido el abandono de sus responsabilidades frente a la familia que él formó y empeoraría aún más la situación de su esposa? Lavrin extrae hábilmente la historicidad de este argumento: el matrimonio significa la protección del más débil –la mujer que tiene a los niños– por parte del fuerte, que es el marido. De ahí surge la obligación del Estado, en el interés de la nación, de proteger a la mujer casada. Las reivindicaciones que formulan las primeras generaciones de feministas en el Cono Sur en favor de las mujeres pasan por la aceptación previa de una condición de inferioridad considerada como natural. Con ese enfoque, como lo analiza Lavrin, el discurso feminista dirigido a los políticos apela mucho más a la justicia en favor de los débiles que a los derechos inalienables de todo individuo, sea hombre o mujer.

El derecho a sufragio: De subsidiario a necesario

El feminismo maternalista es sufragista en forma incidental. Durante mucho tiempo el derecho a voto aparece recién al final de los programas nacionales y de las resoluciones internacionales que tienen más bien a los cambios sociales como objetivo principal. Dirigentas como la argentina Elvira López y la chilena Amanda Labarca se muestran escépticas acerca de la facultad de discernimiento político de las mujeres debido, según ellas, a la falta de educa-

ción de estas. El desinterés de otras feministas respecto del sufragio se traduce en un rechazo a la política al estilo masculino. En los años veinte y treinta florecen partidos femeninos que, a decir verdad, son más bien asociaciones que propugnan la defensa de las causas cívicas. Para sus miembros, la política es la arena donde se ponen de manifiesto los vicios del otro sexo, y su balance aparece como lamentable a juzgar por la manera en que son gobernados esos países. La mujer, por lo tanto, no ganaría nada si participara en política, sólo se ensuciaría las manos. Esta moda de los partidos femeninos prorrogaba en la acción política un orden social que separaba los roles masculino y femenino. Se podría pensar, concordando con Lavrin, que las ideologías corporativistas de la época contribuyeron a validar esta visión. Ella perpetuaba, por otra parte, la idea de una mujer que encarna los valores morales de una sociedad, lo que le concede una "superioridad eterna", en las palabras de una uruguaya. Lavrin marca la distancia que separa tal punto de vista —la mujer como encarnación de la moralidad en una sociedad— de nuestro concepto actual de la ética como un valor humano en nombre del cual deben ser acogidas las reivindicaciones de las mujeres.

Hacia 1935 se produce un hito respecto del tema del voto femenino y, más ampliamente, del lugar de las mujeres en la política. El derecho a voto pasa de ser subsidiario a necesario. No olvidemos que todo el trabajo que hasta entonces habían realizado las feministas ante las instancias ejecutivas y legislativas del Estado, como ante las municipalidades, se había hecho desde la periferia, o sea, por mujeres que no gozaban de los derechos de ciudadanos activos. Había aparecido, en toda su amplitud, el handicap que representaba para las mujeres el hecho de no poder elegir a los representantes de la nación, y menos formar parte del grupo que hacían las leyes y gobernaban, para obtener los cambios necesarios, cambios que les afectaban y que ellas consideraban esenciales para el futuro de su sociedad como un todo. Lavrin destaca otros factores que desempeñaron un rol en esta evolución, especialmente el desencanto respecto de los partidos feministas que, como en Uruguay, registran fracasos grandes.

El tema del sufragio se impone como necesario cuando la crisis económica golpea con fuerza, especialmente en Chile. La recesión ve surgir proposiciones de leyes que pretenden excluir a las mujeres de ciertos empleos, así como fijarles salarios menores que aquellos de los hombres. Se crean asociaciones, se montan campañas para oponerse a tales medidas discriminatorias. En Chile, los partidos Radical y Socialista crean secciones femeninas. La reivindicación sufragista se inscribe en un proceso de concientización y participación política de las mujeres que llevaba ya varias décadas. Al poder depositar su papeleta solamente en las urnas de las elecciones municipales desde 1934, los temas de las feministas chilenas durante la campaña de 1938 para las elecciones tanto

presidenciales como municipales, se sitúan sin embargo en una perspectiva claramente nacional. El derecho a voto se convirtió en el medio para obtener los cambios deseados en otros campos; resulta necesario poder tomar parte en las decisiones que nos afectan para influirlas. En 1940 esta manera de ver las cosas indiscutiblemente ha ganado terreno.

En 1932 Uruguay concede a las mujeres el derecho a voto en las elecciones nacionales; Argentina esperó hasta 1946 y Chile hasta 1949. Lavrin señala que, desde el punto de vista estrictamente femenino, cada campo –en pro o contra del sufragio– había agotado sus argumentos a fines de los años cuarenta. En otras palabras, el sufragio había movilizado a las feministas y había agitado a la opinión pública un decenio antes. La promulgación de la ley pasa a pertenecer a la historia política general de Argentina y Chile, a la relación de fuerzas entre sus partidos (como igualmente entre “libre pensamiento” y catolicismo) y a las estrategias nacionales adoptadas por ellos calculando el handicap o la ventaja que podría representar el voto femenino.

Un feminismo de la “armonía” y “no agresividad”

Arraigada en el primer feminismo del Cono Sur, esta noción de la mujer-madre es como la piedra de toque de sus programas, su denominador común: querer que la maternidad sea a la vez la esencia de la femineidad y la misión social de las mujeres define un feminismo de “armonía”. “El feminismo, escribe la chilena Delia Ducoing de Arrate en 1930 en sus *Charlas Femeninas*, es el fruto de los derechos surgidos de la conciencia, del amor materno, de una admirable generosidad”; su compatriota Amanda Labarca, en un discurso que da en 1933, propone al feminismo como “un programa de armonía”⁶. Este punto de vista pudo justificar posiciones políticas bastante diferentes entre mujeres según si adherían o no al calificativo de feministas, mientras trabajaban para cambiar la condición de la mujer. La responsabilidad atribuida por la sociedad al sexo femenino autorizaba a liberales y socialistas a reivindicar los cambios necesarios para permitirle cumplirla. Por su parte, al postular la “reconciliación” (dice Lavrin) entre naturaleza y cultura, el *feminismo cristiano* hacía de la mujer la garante de la cohesión de la familia, la restauradora de una paz social perturbada por los nuevos tiempos⁷.

⁶ No teniendo acceso a la obra original de Delia Ducoing de Arrate [Isabel Morel], *Charlas femeninas* (Viña del Mar, Stock, 1930), hemos retraducido en castellano la cita hecha por Lavrin en inglés (pág. 299). Las palabras pronunciadas por Labarca se encuentran en la publicación posterior de su discurso bajo el título “Nuevo tiempo, nuevas necesidades: un programa de armonía”, en Amanda Labarca H., *¿A dónde va la mujer?* (Santiago, Ediciones Extra, 1934) 141-147.

⁷ Ya desde 1907 un libro se había publicado en Montevideo con el título de *El feminismo cristiano*.

A un feminismo de la "armonía" corresponde una estrategia de persuasión, no de agresión. Esta afirmación a menudo reaparece bajo la pluma de las feministas del Cono Sur, quienes invocan el contra-ejemplo de las sufragistas londinenses. Aunque ellas quisieron parecerse a los hombres y su lucha las hizo perder femineidad, nosotras no necesitamos recurrir a ese tipo de armas ni correr riesgos similares⁸. Nosotras, por el contrario, tenemos como misión instaurar una continuidad entre nuestra naturaleza femenina y nuestra "concur-rencia en la construcción del mundo", como dicen. "El verdadero feminismo es amable e inspira admiración", insiste Delia Ducoing, cuyo partido femenino, la *Unión Femenina de Chile*, es a comienzos de los años treinta el mejor organizado del país⁹. Para Amanda Labarca, cercana al Partido Radical, el feminis-mo chileno "no [ha] tenido el carácter brutal de otros países"¹⁰.

Este elemento "identificador" que aflora en la reivindicación de un "ver-dadero" feminismo latino debe, por cierto, ser entendido en el contexto de los años treinta: hay un gran deseo de explicar las cosas en base a las diferencias entre razas, temperamentos, pueblos (nuestra época las explica de otra manera). Pero no estamos aquí solamente ante estereotipos de una época o prejuicios: estas comparaciones entre "latinas" y "sajonas" emanan de mujeres educadas, que han viajado a los países anglosajones en los que han establecido contactos frecuentes con otras feministas. Como señala Lavrin a propósito de las posicio-nes que adoptó la chilena Delia Ducoing: ella pudo juzgar por sí misma cómo operaban las feministas de otros países, sabía lo que quería para Chile. La historiadora también puntualiza cómo este punto de vista, con su connotación cultural, permaneció hasta muy tarde en América Latina, terminando por des-aparecer recién en los años ochenta. Pensamos que tal vez se erosionó al mis-mo tiempo que otras polaridades ideológicas tales como capitalismo-comunis-mo o imperialismo-tercer mundo, cuando se acabó la "guerra fría".

Más allá de las diferencias entre feminismos —en la medida en que las protagonistas quisieron marcarlas— llaman la atención los elementos que unen este primer feminismo del Cono Sur a otros movimientos similares que ha conocido el mundo occidental en esta primera mitad del siglo veinte. Algunos provienen de un capital cultural común que es anterior. Por ejemplo, la función

⁸ Sería en sí mismo un estupendo tema para el estudio de las representaciones femeninas y masculinas el comparar la figura repulsiva de la "sufragista" (erigida tanto por mujeres como por hombres) —fomentando las manifestaciones e irrumpiendo en los lugares de votación, comporta-miento que parece dejar mal parada la respetabilidad femenina— con aquella del obrero cuyas acciones de rebeldía o resistencia en las barricadas o en los piquetes de huelga ilustran, por el contrario, heroísmo, proeza y sacrificio para una causa universal.

⁹ Véase nota 6.

¹⁰ Labarca, "Nuestras actividades femeninas"(1923), publicado posteriormente en *¿A dónde va la mujer?*, *op. cit.*, 140.

de la mujer madre y educadora de los futuros ciudadanos varones en una nación, tema de la modernidad, de Jean-Jacques Rousseau en *Emile*, a la española Josefa Amar y Borbón, en su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790). Las mujeres de los *Insurgents* de Norteamérica también reivindican este papel (lo que Linda Kerber ha denominado *patriotic motherhood*), al igual que las elites femeninas de la América española sublevada en 1810. Otros elementos ilustran estas corrientes contemporáneas entre el Cono Sur y el mundo atlántico norte ya señaladas: por ejemplo, la figura de una madre progenitora de un pueblo robusto que une eugenismo con nacionalismo, que se aprecia en ambos hemisferios¹¹.

Conocemos la importancia, para todo movimiento que nace, de la confrontación de experiencias con otros. Es lo que ocurrió con las feministas de Argentina, Chile y Uruguay, quienes organizaron congresos entre ellas (como asimismo con otras latinoamericanas, por ejemplo de Perú), que participaron en encuentros internacionales en Europa y mandaron delegaciones a los congresos panamericanos de mujeres. Un ejemplo del carácter internacionalista de este primer feminismo lo constituye la trayectoria de María Abella de Ramírez (1863-1926). Nacida en Uruguay, Abella pasará toda su vida en Buenos Aires. Perteneció al movimiento de los librepensadores, que plantea la cuestión de la igualdad para la mujer ya al inicio del siglo XX: ello será el trampolín de su reflexión feminista. Junto con la doctora Julia Lanteri, Abella funda en 1910 la *Liga Feminista Nacional* y su revista, *La Nueva Mujer*. El mismo año se reúne en la capital argentina la primera "conferencia femenina internacional", donde se lanza la *Federación Femenina Panamericana*. Abella viaja a Montevideo para fundar su sección uruguaya. Pero era la chilena María E. de Muñoz quien había ideado esta federación.

Estos intercambios alimentaron el sentir que pertenecían, después de todo, al mismo mundo que Europa y los Estados Unidos. Eso puede explicar que, pese a que el Cono Sur conoció sólo de lejos la Primera Guerra Mundial, la figura de la mujer-madre constituía el eje de un feminismo maternalista y familiarista tal como en Europa occidental, donde había surgido a raíz de la Primera Guerra Mundial antes de crecer durante los años de depresión mundial que sí afectaron a ambos continentes. Lo que inscribe más claramente al feminismo del Cono Sur en aquel del mundo occidental es precisamente lo que vino a ser su propuesta central: la construcción de un tríptico feminismo-maternidad-Estado de bienestar. Como el libro de Lavrin para el Cono Sur, las contribuciones reunidas por Gisela Bock y Pat Thane —especialistas respectivamente

¹¹ Véase Nancy Leys Stepan, "*The Hour of Eugenics*": *Race, Gender and Nation in Latin America* (Ithaca, Cornell University Press, 1991).

del tema en Alemania y en el Reino Unido— demuestran en el caso de Europa los vínculos que se forjaron entre 1920 y 1940 entre feminismo maternalista y Estado de bienestar, la contribución del primero al segundo, así como los intereses y beneficios de cada uno en la operación¹².

* * *

Women, Feminism and Social Change, ya lo dijimos, echa de entrada un vistazo de conjunto sobre el primer feminismo del Cono Sur, como ideología y como movimiento. Esta síntesis, pues, abre una senda distinta a la que abriría una monografía, y sus logros se deben apreciar como tales. Ahora nos resta esperar los resultados específicos de las investigaciones realizadas luego de aquellas de Lavrin, las que confirmarán, precisarán o modificarán tal vez sus análisis.

Al cerrar este contundente y macizo libro, extraigo de él tres enseñanzas. Para empezar, al llenar un espacio vacío que abarca medio siglo de la historia reciente de los tres países considerados, constituye un importante aporte a esta reescritura constante del pasado que los nuevos conocimientos hacen necesaria. Luego, debido a su tema, el feminismo enriquece antes que nada la historia política del Cono Sur y en su intersección surgen preguntas nuevas. Por último, ilustra con fuerza cómo una visión sintética es necesaria al abordar un campo nuevo, si uno quiere sugerir a los historiadores la mayor gama posible de temas a profundizar. Esta manera de hacer la historia nos parece característica de Lavrin. Por lo tanto, concluiremos con un sobrevuelo de algunos de sus principales trabajos anteriores a objeto de situar su último libro entre ellos.

La ignorancia reparada. La lista de fuentes impresas de las cuales la autora se apoyó es instructiva. Son alrededor de trescientas obras escritas en el Cono Sur hispano entre 1880 y 1940, que proponen nuevos roles para las mujeres en la sociedad, reivindican para ellas responsabilidades en la nación, analizan su incapacidad jurídica. Los títulos hablan por sí mismos. *El movimiento feminista* (1901) y "Feminismo y evolución social" (1911), escritos respectivamente por Elvira López y Alicia Moreau, las feministas argentinas más destacadas de su generación. A estos títulos (a menudo publicados por hombres), se pueden añadir por ejemplo: *El feminismo y el Código Civil*; *El femi-*

¹² *Maternity and Gender Policies: Women and the Rise of European Welfare States, 1880s-1950s*, Gisela Bock y Pat Thane, compil. (Londres, Routledge, 1991). Traduc. esp., *Maternidad y políticas de género: La mujer en los Estados de bienestar europeos, 1880-1950* (Madrid, Ediciones Cátedra, 1996); este libro sintetiza y actualiza veinte años y más de investigaciones acerca de la cuestión en Europa. Para el caso estadounidense, véase *Women, the State and Welfare*, Linda Gordon, compil. (Madison, University of Wisconsin Press, 1991).

nismo y la evolución social; *La educación científica de la mujer*; *La misión social de la mujer*; *La higiene moderna: Papel que en su difusión debe desempeñar la mujer*; *La mujer defensora de la raza*; *Emancipación civil, política y social de la mujer*; *La desigualdad sexual en nuestro derecho*; *Feminismo y maternidad*; *El feminismo y la evolución central*; *El feminismo y la política chilena*; *La mujer, la caridad y la doctrina de feminismo*, etc. Todos son testigos de una sensibilización de la opinión pública y de las posturas políticas que rodeaban a la *mujer* y al *feminismo* y que habían sido completamente olvidadas. Lavrin sacó estas obras del limbo de la historia y de ese modo reparó nuestra ignorancia.

Cuando un hecho del pasado, de cuya existencia no sospechábamos, surge de la oscuridad, ello al final provoca un reordenamiento del paisaje histórico de conjunto¹³. Los manuales de historia general reflejan necesariamente el estado de avance de los conocimientos y el peso que tal o cual cuestión tiene, en un momento dado, en la interpretación del pasado nacional. En los manuales argentinos no hemos encontrado ni uno solo que trate de la más importante de las feministas argentinas, Alicia Moreau de Justo; lo mismo no pasa con Juan Bautista Justo, su marido, fundador del Partido Socialista. En los manuales chilenos figura el derecho al voto nacional (1949), pero raramente el decreto Amunátegui (1877) que autorizaba la educación superior para las mujeres. En otras palabras, el feminismo se mide con la misma vara del sufragio y no se enfoca en el campo de las políticas sociales, donde comenzó a desarrollarse. El manual más reciente de historia uruguaya menciona a Paulina Luisi a propósito de la liberación de las costumbres, pero el capítulo dedicado a la evolución política ocurrida entre las dos guerras omite explicar cómo se promulgó la ley del sufragio femenino (1932). *Women, Feminism and Social Change* entrega, pues, material para revisar las futuras ediciones de textos de historia general. Revisión que, para comenzar, concernirá al campo político.

Feminismo y nuevos temas de historia política. Quien habla de política en femenino, piensa primero en el voto y en los derechos del ciudadano activo. En efecto, algún día se hará necesario plantear este asunto de la no-ciudadanía (tal como empezó a ocurrir con ocasión del evento fundador de la democracia francesa, la Revolución de 1789, de la cual es como su imagen en negativo); ¿a cuál definición de democracia, entonces, se refiere esta no-ciudadanía prolon-

¹³ En nuestras áreas de interés podemos encontrar otros ejemplos de redefinición de los campos de investigación que se han dado en décadas pasadas a partir de nuevos enfoques y desplazamiento de las perspectivas: la historia de las Antillas y del Brasil escrita "con" los esclavos, la de Francia del siglo XVIII en base a sus ciudades "modernas". Más recientemente: las investigaciones acerca de las operaciones militares del frente oriental que modifican la interpretación global de la Segunda Guerra Mundial en Europa, o el tema judío convertido en asunto central en el estudio de la represión y exterminación llevada a cabo por los nazis.

gada de las mujeres que imperó en dichos países entre 1900 y 1940?¹⁴. Si la historiadora tuvo que dedicar un capítulo por país al tema del voto, aun teniendo que demostrar que durante mucho tiempo fue algo secundario en opinión de las interesadas, fue porque este se “ciñe” muy de cerca a la actualidad política, de su maquinaria en acción, a través de programas y campañas, estrategias y alianzas, frente a las urnas o en el recinto del Parlamento.

Cualquiera que haya sido la bandera de lucha –licencia maternal, patria potestad, divorcio– es evidente que el Estado se interpuso constante y necesariamente entre el proyecto feminista y los cambios sociales efectivos. Es así como bloqueó o facilitó, apresuró o retardó la posibilidad de un cambio, dándole o no una definición legal, un formato institucional. El libro de Lavrin hace ver la necesidad de muchos más estudios, en cada uno de los tres países, para poder apreciar el peso tanto de la coyuntura política como de la intervención estatal en la génesis del primer feminismo histórico. Por ejemplo, los vínculos que este instauró con el Estado de bienestar desde sus inicios invitan a desarrollar investigaciones sobre las instituciones que asumieron concretamente estas nuevas responsabilidades en materia social y el papel de feministas en ellas¹⁵. Tales investigaciones nos aclararán sobre la redefinición del Estado que ocurrió durante la primera mitad del siglo XX. Otro tema de historia política que está por investigar es el de las relaciones entre partidos políticos, cambios en la condición de las mujeres y movimientos feministas. Fueron los partidos conservadores los que, en Argentina como en Chile, presentaron en el Congreso los primeros proyectos de reformas del Código Civil. Y también en los medios conservadores y católicos en que se expresaron las primeras peticiones para

¹⁴ Véase Geneviève Fraisse, *Muse de la Raison: Démocratie et exclusion des femmes en France* ([1989], Paris, Gallimard, 1995), y *La démocratie “à la française” ou les femmes indésirables*, Eliane Viennot, compil. (Paris, Publications de l'Université Paris VII-Denis Diderot, 1996). La ambivalencia respecto del sufragio no fue privativo de las feministas: pensemos en la historia de los socialistas y, a mayor abundamiento, de los anarquistas. Una pregunta semejante a la nuestra se plantearon historiadores norteamericanos como Edmund S. Morgan para entender el significado de la Independencia de los Estados Unidos, al estar basada esta a la vez en el *Bill of Rights* y en la conservación de la esclavitud.

¹⁵ Dos tesis de doctorado están en preparación en el Instituto de Historia de la P. Universidad Católica de Chile, que prometen aportes novedosos a esta problemática en el caso de Chile en la primera mitad del siglo XX: M. Angélica Illanes estudia la profesionalización del cuerpo de las asistentes sociales en relación con la ampliación del rol del Estado; M. Soledad Zárate describe el proceso de cómo la maternidad pasa de ser una experiencia femenina vivida únicamente en el ámbito doméstico a convertirse en objeto de políticas públicas. Para el rol de las parteras militantes en la creación de maternidades en la Francia de entre-dos-guerras, véase *Françoise Thébaud, Quand nos grand-mères donnaient la vie: La maternité en France dans l'entre-deux-guerres* (Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1986). Sobre el papel de un feminismo maternalista en la construcción del Estado de bienestar durante la Tercera República francesa (1871-1940), véase Anne Cova, *Maternité et droits des femmes en France, XIXe-XXe siècles* (Paris, Anthropos, de próxima aparición).

extender el sufragio a la mujer, como se ha demostrado recientemente¹⁶. Hacen falta más estudios sobre las relaciones de los partidos Socialista y Radical en Argentina con el feminismo, cuyo primer ciclo histórico coincide con el inicio y auge del Partido Radical; así como sobre las conexiones ya señaladas entre el proyecto modernizador batllista y el de las feministas en Uruguay¹⁷.

Finalmente, deseamos señalar que al haber sido realizado simultáneamente en los tres países, el estudio de Lavrin sobre este primer feminismo histórico pone en evidencia diferencias extremadamente interesantes entre sus culturas políticas. En términos simples, podría decirse que en el plano del pensamiento, el feminismo más audaz llegó a formularlo la argentina Alicia Moreau, quien había empezado como militante socialista al inicio del siglo. En su pensamiento, el voto femenino se convirtió en una etapa clave en la democratización de una sociedad. Hacia el final de una larga trayectoria política, Moreau vinculaba igualdad política y social de los sexos. "En una democracia, escribió en 1945, la libertad comienza en el hogar"¹⁸. Es en Uruguay donde las reivindicaciones feministas encontraron eco con mayor rapidez entre los políticos —especialmente en Batlle y Ordóñez, fundador del Estado moderno uruguayo—, y en donde se promulgó la legislación más avanzada (en algunos casos, del mundo) en favor de las mujeres. En Chile el feminismo obtuvo sus mayores logros al participar en la extensión del rol del Estado, al intervenir en la creación de nuevas instituciones (en primer lugar, de salud pública).

El poder de la síntesis. Este libro se inscribe, finalmente, en la carrera de una historiadora que contribuyó de manera esencial a legitimar el lugar que ocupan las mujeres en la historia de América Latina, debido a que ha propuesto sistemáticamente estructurar el conocimiento de estas acerca de temas amplios que conciernen el conjunto de la región. En la década posterior a la defensa de su tesis doctoral (Universidad de Harvard, 1963) titulada "Religious Life of Mexican Women in the Eighteenth Century", Lavrin abre lo que se convertiría en uno de los principales campos de investigación sobre las mujeres en la América Latina colonial: la historia de sus conventos. Eran instituciones centrales de la ciudad ibérica (ella misma constituía el centro de la colonización),

¹⁶ Sobre los estudios de Maza Valenzuela acerca de este tema, véase nota 1. He aquí otro ejemplo de investigaciones llevadas a cabo en un marco nacional sobre una faceta del feminismo analizado por Lavrin a escala del Cono Sur y cuyas conclusiones recalcan aspectos distintos.

¹⁷ Señalemos otro tema para futura investigación que surge del libro de Lavrin. La resistencia encontrada por proyectos que apuntaban a actualizar las disposiciones aplicables a las mujeres del Código Civil invita a medir retrospectivamente el papel profundamente estructurador de dicho texto elaborado por Andrés Bello a mediados del siglo XIX para la sociedad chilena (agradecemos al historiador Iván Jaksic por su observación al respecto).

¹⁸ Alicia Moreau, *La mujer en la democracia* (Buenos Aires, El Ateneo, 1945). No teniendo acceso a esta obra, hemos retraducido al castellano la cita hecha por Lavrin en inglés (361).

con miembros mucho más numerosos que el clero masculino, a veces dueñas de un importante capital inmobiliario, desempeñando así también el papel de un organismo crediticio; eran microsociedades en espacios clausurados que cruzaban las diferencias de clase y etnia, refugios también para las separadas y divorciadas, escuelas para las niñas, casas de corrección para mujeres.

Mexicanas, colombianas, chilenas, ecuatorianas, peruanas del siglo XVII y XVIII, estas religiosas escribieron sus autobiografías (en el espíritu de la contrarreforma, este era un requisito que exigían sus confesores como un esfuerzo de introspección que las enriolaba por la senda del arrepentimiento)¹⁹. Algunas redactaron poemas místicos, escritos teológicos. La más conocida es Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695). Asunción Lavrin estuvo entre aquellas que hicieron posible comprender en qué esta religiosa de México era representativa del mundo conventual femenino, el que, al mismo tiempo, trascendía mediante una personalidad y estatura intelectual excepcional²⁰.

En 1978 apareció *Latin American Women: Historical Perspectives*²¹. Los aportes que reunió nuestra historiadora bajo este título constituyen una primera muestra de los temas desbrozados de la prensa femenina de este siglo a las obras femeninas de beneficencia en el XIX, desde los conventos coloniales de religiosas indígenas hasta las elites femeninas de la Independencia²². En su introducción, Lavrin extraía desafíos, dificultades y promesas de una historia de países latinoamericanos en femenino. Y su capítulo final abría una amplia lista de interrogantes, e igual número de sendas para la investigación; entre estas se encontraba el germen del tema de su último libro. El libro cumple veinte años de existencia: sigue siendo la más sólida introducción a la historia de las mujeres latinoamericanas en sus comienzos.

El capítulo sobre las mujeres en la época colonial que escribe en 1984 para la *Cambridge History of Latin America*, "Women in Spanish American Colonial Society" constituye otra etapa en la obra sintetizadora de la historiadora²³. Junto

¹⁹ La "Relación autobiográfica" de la monja clarisa chilena Ursula Suárez (1666-1749) es el escrito más contundente de este tipo conocido a la fecha de hoy en el Cono Sur (Mario Ferreccio Podestá y Armando de Ramón, compil., Santiago, Academia Chilena de la Historia, 1984).

²⁰ Véase su "Unlike Sor Juana? The Model Nun in the Religious Literature of Colonial Mexico", *University of Dayton Review*, 16: 2 (1983) 75-92, reprod. en *Towards a Feminist Understanding of Sor Juana Inés de la Cruz*, Stephanie Merrim, compil. (Detroit, Wayne State University Press, 1990), 61-85.

²¹ *Op. cit.*, véase nota 5.

²² Entre los historiadores que Asunción Lavrin había invitado a contribuir a *Latin American Women* estaban June Hahner y Anna Macías, cuyos importantes estudios sobre la historia del feminismo ya señalados saldrían posteriormente (véase nota 2).

²³ *The Cambridge History of Latin America*, Leslie Bethell compil., II (Cambridge University Press, 1984) 321-355, 843-848. Traduc. esp. "La mujer en la sociedad colonial hispanoamericana", en *Cambridge Historia de América Latina*, L. Bethell comp., IV (Cambridge University Press y Barcelona, Editorial Crítica, 1990), 109-136.

a la experiencia religiosa femenina ahora ocupa su lugar el segundo gran tema de esta historia social de la América Latina colonial: la esfera familiar y doméstica de las mujeres, su vida de pareja, la manera en que ellas vivieron su sexualidad, dadas las instituciones legales y culturales que pretendían regirla. Acerca de este tema, en 1989 Lavrin invitaba a una nueva pléyade de historiadoras a redactar con ella *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America*²⁴. La introducción y un capítulo escrito por la autora, así como también ocho contribuciones, denotaban la autoridad adquirida por un campo de investigación que se iba integrando a la historia latinoamericana.

Apostamos a que *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay* pronto conferirá al tema del primer feminismo que abrió este siglo en la América Latina la misma legitimidad que aquel sobre las mujeres en la sociedad colonial. "Women in Twentieth Century Latin American Society", el otro capítulo escrito por Lavrin para la *Cambridge History of Latin America* en 1994, venía preparando el terreno para esto²⁵.

ANNE PEROTIN-DUMON*

JOAQUIN FERNANDOIS H. *Abismo y cimientó: Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y Estados Unidos 1932-1938*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997, 340 pp., fotografías y cuadros estadísticos.

La historiografía chilena ha acumulado estudios muy serios sobre los acontecimientos en torno a la crisis económica mundial de 1929-1930, o sobre los

* Traducido del francés por Carmen Pinochet Alexander. La autora desea agradecer a Cristián Gazmuri, Elizabeth Hutchison, Alfredo Riquelme, M. Soledad Zárate, Elizabeth y Anthony Tillet por la información aportada, sus puntos de vista y sugerencias; y asimismo a Carmen Pinochet y Alfredo Riquelme por su ayuda en la revisión final del texto. La responsabilidad de este ensayo, sin embargo, es de la autora.

²⁴ University of Nebraska Press, Traduc. esp. *Sexualidad y matrimonio en la América hispánica* (México, Editorial Grijalbo, 1990).

²⁵ *Op. cit.*, VI (1994) 483-544. Otros hitos de su último libro fueron los trabajos siguientes de Lavrin: "The Ideology of Feminism in the Southern Cone, 1900-1940", Wilson Center Working Papers, 169 (Washington, D.C., 1986); "Female, Feminine, Feminist": Women's Historical Process in the Twentieth Century Latin America", Occasional Paper, University of Bristol, Department of Latin American Studies, Fall 1989; "Women, Labor and the Left: Argentina and Chile, 1900-1925", en *Expanding the Boundaries of Women's History*, Cheryl Johnson-Odim y Margaret Strobel, compil. (Bloomington, University of Indiana Press, 1992) 249-277; "Paulina Luisi: Pensamiento y escritura feminista", en Lou Charon-Deutsch, compil., *Estudios sobre escritoras hispánicas en honor de Georgina Sabat Rivers* (Madrid, Castalia, 1992) 156-172; "Alicia Moreau de Justo: Feminismo y política, 1911-1945", *Cuadernos de Historia de América Latina* (publ. de la Asociación Europea de Historiadores Latinoamericanistas, AHILA), núm. especial, 1997, Bárbara Potthast y Susana Menéndez, compil., 176-200.

tiempos políticamente intensos de 1931-32 marcados por la caída de Ibáñez, la República Socialista y la reelección de Alessandri. También disponemos de detallados trabajos sobre los problemas que existieron en el seno del Partido Conservador en esa década o sobre la elección del Frente Popular en 1938 y sus consecuencias.

Pero pocos son los trabajos y relatos sobre el segundo gobierno de Arturo Alessandri. Por eso este texto comienza a llenar un vacío.

El título es lo suficientemente provocativo como para invitar a su lectura, pues resulta a lo menos extraño que el nombre –y la gestión– de un Ministro de Hacienda sean el eje a partir del cual se analizan las relaciones exteriores chilenas con las de otro país que, como los Estados Unidos, ha tenido desde los inicios de la República tanta importancia en la política exterior chilena, y que en la época en que se sitúa el análisis ya constituía una potencia mundial. Lo anterior es tanto más significativo si se tiene en cuenta que el canciller-colega de Ross en la segunda administración de Arturo Alessandri fue un hombre del talante de Miguel Cruchaga Tocornal, quien, al menos desde 1907, venía participando activamente en la gestión diplomática chilena y no era, para nada, un actor menor en la política exterior de las décadas centrales del siglo.

Paradójicamente un libro tan interesante como documentado ha sido el resultado –acaso inesperado– de una propuesta de mayor envergadura. En efecto, nos dice el autor que su propósito era investigar las relaciones entre Chile y Estados Unidos teniendo “como eje a la Segunda Guerra Mundial, e incluía la primera etapa de la Guerra Fría” para lo cual era necesario conocer ese vínculo “en la etapa anterior, en el mundo posdepresivo de los años treinta”, y –nos dice también– que al detenerse “en este punto, el capítulo introductorio se ha transformado en un libro”.

Se trata entonces de una casualidad, pero ha resultado una gran casualidad; situación que, por lo demás, suele suceder en el curso de las investigaciones históricas, que tienen de fascinante precisamente aquello de que se sabe dónde se comienza pero no se sabe nunca con certeza por qué caminos se habrá de transitar ni a qué derroteros terminará por llegarse.

El libro de Fermeadois “trata sobre ideas y políticas que se debatieron y ejecutaron en el Chile de los años treinta, teniendo como punto de referencia las relaciones con EE.UU.” y en el prólogo se apresura a concluir que “al avanzar en la investigación de la década de 1930 comenzó a tomar cuerpo la certidumbre de que los años treinta habían sido un elemento clave para entender la historia posterior del país”.

Es interesante tomar como eje del análisis a un actor tan particular como Gustavo Ross. Sin haber realizado estudios profesionales, lo que no era extraño en esa época, se dedicó tempranamente a las actividades bursátiles y participó

en grandes negociaciones que le produjeron cuantiosas utilidades, llegando a ser dueño de una fortuna considerable. Al ser deportado, en los inicios del gobierno de Ibáñez (1927), se radicó en París, donde fue conocido como un "financista y especulador bursátil temido por la capacidad de maniobra y por la fortuna que logró" (p. 114).

Hombre de pocos amigos y "distante", que se burlaba de los mitos y a quien "su inhabilidad de comunicación y la arrogancia de algunas de sus declaraciones hacían aparecer esa burla como desprecio al chileno promedio". También personaje contradictorio pues "tenía y no tenía los pudores de la clase dirigente, y así se permitía jugar con el llavín de oro, irritante para una sensibilidad que pide una conducta austera". "No dejó escritos, y sus discursos, si bien interesantes para entender su política y sus ideas, en general no eran redactados por él (y) sin embargo conservan su sello personal" (p. 128). Además, "... no era un demócrata a ultranza..." y su "aspiración no democrática, es decir de tipo autoritaria, se refiere a que requiere el poder político total con la finalidad de lanzar las bases de instituciones y costumbres políticas..." (p. 121), cuestión que en su experiencia se vio facilitada por las facultades extraordinarias con que el Congreso dotó a Arturo Alessandri hasta 1937, fecha coincidente con el término de la gestión Ross en el gabinete. Pero tampoco era un liberal: "En Ross no existe una adhesión expresa al liberalismo", nos señala taxativamente el autor, no obstante que reconoce que "el horizonte semántico es liberal... pero sin fundamentalismo" (p. 146).

El libro de Joaquín Fernando está estructurado en ocho capítulos, el primero de los cuales, con características de ensayo, nos presenta el Chile que actúa en este proceso. Cubre el período 1932-1938 y se aboca a los entretelones de la depresión, la recuperación y las perspectivas de futuro, destacando los dos liderazgos —el de Ross y el de Alessandri— que se superponen en la coalición gobernante, tanto en el proceso de institucionalización y reestablecimiento del orden político y público, así como en la respuesta económica que lleva al país del abismo a la recuperación.

El capítulo segundo está dedicado a analizar los esfuerzos por restablecer, en el marco de la política del "Buen Vecino", las relaciones económicas de los dos países, quebrantadas por la depresión. Aspecto fundamental para entender ese proceso es comprender la mentalidad de economía política internacional que caracteriza a la clase política chilena, y el juicio que ellas —la mentalidad y la clase— provocan en los diplomáticos del norte.

Los capítulos siguientes se vuelven más a lo nacional. El tercero está dedicado a las reacciones que la acción política de Ross provocó en la política interna de Chile, en tanto que el cuarto nos lleva a la persona del ministro: sus orígenes, estudios, su marco político, su mentalidad y sus ideas de economía política internacional. Estos análisis se han visto favorecidos y facilitados no

sólo por el talento del autor, sino por la existencia de un valioso archivo personal, que le ha permitido esbozar un ensayo biográfico, que nos parece uno de los aspectos más cautivantes del libro.

En los capítulos que siguen se nos lleva nuevamente a las disputas y discusiones de la economía política internacional. En el quinto capítulo el autor se detiene en lo que llama, asertivamente, "los temas contenciosos", entre los que hay que destacar las negociaciones internas para modificar las instituciones comercializadoras de salitre: la Cosach y la Covensa, y las negociaciones en torno a la deuda externa. En tanto, el sexto capítulo recorre, con abundantísima información, "la interminable búsqueda de un tratado de comercio", destacando el rol que jugaba, tanto en la política interna como los inconvenientes que generaba en la externa, la existencia de la criolla Comisión de Cambios Internacionales —"una llave de la economía política externa de la época" (p. 120)—, entidad destinada a la asignación de la divisas para las necesidades esenciales, las que ella misma calificaba con extremo rigor.

Los últimos dos capítulos nos presentan a "Chile ante la crisis mundial". Se trata, naturalmente, de la antesala de la Segunda Guerra Mundial. El capítulo séptimo se ocupa de los hombres y las instituciones que deben enfrentar los desafíos de la crisis y, en particular, de "la guerra que viene", y el capítulo octavo de los asuntos o factores exógenos que ponen en tensión las políticas exteriores: la Guerra Civil española, el nazismo y la cuestión judía, la incierta supervivencia de la Sociedad de las Naciones, los asuntos geopolíticos y, finalmente, el nuevo rol que Chile y los países americanos pasan a ocupar en las políticas norteamericanas.

Como puede desprenderse con facilidad de la breve descripción anterior, es posible señalar que cada capítulo presenta contenidos tan claros y precisos que bien pueden tratarse como unidades autónomas, e incluso, en nuestra opinión, podría habersele dado otro orden y el conjunto habría resultado a lo mejor más compartimentalizado, pero más pedagógicamente expuesto, lo que facilitaría enormemente su comprensión para los "no iniciados".

Las fuentes utilizadas por el autor no sólo son abundantes y pertinentes, sino que puede afirmarse que el trabajo resulta un ejemplo de exhaustividad. A toda la bibliografía criolla sobre el período se añade una serie de tesis doctorales realizadas en distintas universidades de diferentes latitudes sobre aspectos específicos de la problemática en cuestión, muchas de las cuales son de reciente factura y no todas han sido editadas para el público, habiendo debido consultar los manuscritos de las disertaciones. A ello hay que agregar un trabajo igualmente exhaustivo en lo que se refiere a la consulta, uso y referencia de los archivos de los Ministerios de Relaciones Exteriores —de Chile, EE.UU. y Gran Bretaña al menos—; así como la inestimable oportunidad de acceder a los archivos personales de actores tan significativos del período, como el propio Gusta-

vo Ross, José Ramón Gutiérrez Alliende, Conrado Ríos Gallardo y Ernesto Barros Jarpa. Ellos, así como el conjunto de las fuentes, han sido utilizados con talento y seriedad. Lamentable ha sido, sin embargo, que el editor haya optado por agrupar el conjunto de las notas y las referencias al final del libro —con un cuerpo de letras y caracteres tan pequeño que resulta egoísta— y no haberlas incluido al pie de página, como corresponde a este tipo de investigaciones, y que la tecnología disponible permite realizar con tanta facilidad.

El conjunto de este trabajo, más allá de algunas formalidades redaccionales, nos parece un aporte muy novedoso y original. Nos presenta a un ministro —“estadista” en opinión del autor (p. 123)— que lideró “el nacimiento de una recuperación económica”. Y ello en el contexto de la economía continental, como articulador de las relaciones internacionales del período, como inspirador de un “*Ross regime*” según lo advierte —“con furor y frustración”— un documento de la Embajada norteamericana en Santiago, dirigido al Secretario de Estado en julio de 1937.

A lo largo del relato de Fermandois, en forma demasiado frecuente, se producen saltos temporales, con comentarios que traen al lector hasta tiempos recientes, y a coyunturas y comentarios políticos “de ahora”, de tanta actualidad que se interrumpe —a nuestro juicio innecesariamente— la secuencia histórica. No queremos decir con esto que el autor no pueda ni esté en su derecho a emitir esos juicios. Al contrario, es para emitir juicios históricos que se realiza la investigación histórica. El problema se suscita con comentarios demasiados contemporáneos que, en verdad, a ratos suenan un tanto ajenos.

Este trabajo, “Abismo y cimientó”, efectivamente nos muestra los dos ejes que el investigador se propuso en su momento: la recreación que Chile hizo de los vínculos económicos con el mundo para poder salir del pozo profundo en que se hallaba, y la formación, también en Chile, de una mentalidad específica de economía política internacional.

El resultado, en el contexto de las relaciones entre Chile y los Estados Unidos, fue “la reconstrucción de las relaciones económicas en el mundo pos-depresivo” (p. 248). En ese proceso emerge como principal actor Gustavo Ross, quien le imprimió a su acción características muy particulares, tanto que fue considerado por unos como un sabio “mago de las finanzas” y por otros como un impúdico “último pirata del Pacífico”.

ANDRES BELLO, *Selected writings of Andrés Bello. Translated from the Spanish by Frances M. López-Morillas*. Edited, with an Introduction and Notes by Iván Jaksic. Oxford University Press. New York, Oxford, 1997.

La editorial Oxford University Press inició en 1997 la publicación de una serie largamente preparada, pensada y consultada entre distintos especialistas bajo el título de Library of Latin America. Su objeto es poner a disposición del mundo de habla inglesa la traducción de autores claves del siglo XIX latinoamericanos. Esta valiosa iniciativa, financiada por Lampadia Foundation y la Andrew W. Mellon Foundation, busca darle la debida importancia a la experiencia de la construcción de los Estados nacionales en América Latina en la historia, la literatura y la política comparada.

Esta serie, entonces, comprenderá a toda la *intelligentsia* postindependencia y con justa razón uno de los primeros títulos publicados es la selección de textos de Andrés Bello. Tal como lo dice la Introducción General del libro, es verdaderamente sorprendente que los escritos de Andrés Bello, en varios sentidos una de las figuras más relevantes a nivel continental, no hayan sido traducido al inglés hasta hoy.

El valor de este libro, sin embargo, no es está sólo en la traducción –fina y elegante– para el mundo angloparlante, sino también en la edición que transforma a este libro en una obra también de alto interés para los hispanoparlantes.

Le debemos a Iván Jaksic, historiador chileno, actualmente profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Notre Dame, Estados Unidos, no sólo un trabajo de edición cuidado y erudito, sino principalmente una introducción que sitúa los textos de Bello en la vida del autor y en el contexto nacional, regional y europeo en que fueron escritos.

Dicha selección pretende dar cuenta de la globalidad del pensamiento de Bello a través de sus escritos cortos: artículos de prensa, discursos, críticas, reseñas, poesías, correspondencia, textos, etc. Es necesario conocer muy bien la obra de Bello para poder escoger con rigor y síntesis. Pero era necesario más. No es fácil dar cuenta de la globalidad del pensamiento de un autor cuya amplitud de intereses intelectuales es sólo comparable a la profundidad de su objetivo. En efecto, el mérito de la Introducción está en darle una unidad interpretativa a una multitud de temas diversos, que de otra forma pueden ser vistos como una "miscelánea" y no como la obra unitaria que es.

Jaksic define a Bello como un gran mediador en un período turbulento y confuso, como un puente entre la tradición religiosa y la secular, entre la disolución del Imperio Español y la formación republicana, entre lo antiguo y lo moderno, entre el neoclásico y el romanticismo, entre las humanidades y las ciencias, entre Europa y América Latina. "Bello fue una persona, señala, que balanceó tradiciones e intereses dispares con el objetivo de construir nuevas

naciones" (p. XXVII). Desde esa premisa afirma que la investigación académica contemporánea debe dejar de mirar a Bello sectorialmente para identificar la dinámica interna de su obra.

El editor concibió la selección de textos desde un punto de vista, desde una interpretación de cuál es, a su juicio, el núcleo del pensamiento y de la vida de Bello. El problema del orden, la construcción del orden es el núcleo escogido, un problema urgente luego de la disolución del Imperio Español. Jaksic sostiene que la contribución de Bello a la historia latinoamericana del siglo XIX es precisamente haber proveído una racionalidad para el orden en la formación de los nuevos Estados y de las nuevas naciones. Por ello, la selección de textos está dividida en tres grandes temas, que son a la vez las tres grandes esferas en las cuales debía sostenerse el orden: la ordenación del pensamiento por medio del lenguaje, la filosofía y la literatura; el ordenamiento de los asuntos nacionales por medio del derecho civil, la educación y la historia; y la participación de las nuevas naciones en el orden internacional decimonónico por medio del derecho internacional y la diplomacia. Así, las tres secciones en que se dividen los textos escogidos son: lenguaje y literatura; educación e historia; gobierno, derecho y relaciones internacionales.

Desde este punto de vista se desarrolla la biografía de Andrés Bello entrelazada con su reflexión sobre los tres temas propuestos en su etapa venezolana, inglesa y chilena, logrando no sólo un estilo pulcro y sintético, sino un *aggiornamento* que bien se merece Bello en su tardía entrada al mundo angloparlante.

Es interesante agregar que esta Introducción es un anticipo esperanzador de la que será la primera biografía de Bello publicada en inglés que está escribiendo Iván Jaksic, el bellista chileno más destacado de esta nueva generación.

SOL SERRANO